

TIBET. — Casa de los misioneros de Bathang, incendiada en Oc-ubre de 1873. (Pág. 479).

1. Puerta de la capilla. — 2. Cocina. — 3. Establo. — 4. Granero. — 5. Palomar. — 6. Huerto. — 7. Conducto de agua. — 8. Puerta de entrada. — 9. Ruta departamental.

## CHINA.

*Carta del Rdo. Enrique Maire, misionero apostólico del Yun-nan.*

Pe-tchai-ku, 8 de Agosto de 1882.

**D**URONTO hará un año que os dirigí mi última carta. Era, si mal no recuerdo, momentos después de mi llegada entre los Lo-Lo, y os comunicaba la benévola acogida que los habitantes del país dispensaron al misionero. Hoy tengo el consuelo de anunciaros que esta simpatía, lejos de degenerar, va todos los días en aumento. ¡Dios sea mil veces bendito por ello! Las conversiones se multiplican, y hay pueblos enteros que renuncian al paganismo y abrazan nuestra santa religion.

En este primer año he inscrito 300 catecúmenos y bautizado 255 adultos. El Ilmo. de Tenedos, nuestro nuevo vicario apostólico, á su regreso del Kuy-tcheu, á donde fué á recibir la consagración episcopal, ha venido á pasar algunos días entre nosotros y administrar el sacramento de la Confirmación á mis neófitos. Nunca Lo-Lo habia visto á un obispo; así es que se aguardaba su llegada con la más viva impaciencia y señalábase en el país como un gran acontecimiento.

Desde que se fijó el anhelado día, numerosas caravanas vinieron de todos puntos al pueblecito de Pe-tchai-ku, calculándose en un millar el número de personas que acudieron para saludar al Prelado, quien fué recibido y aclamado en medio del estruendo y otros honores

de costumbre en las recepciones de los grandes mandarines. No os escandaliceis porque diga estruendo, pues en la China cuanto más ruido se hace mayor solemnidad y majestad indica, y más se honra á la persona que es objeto de él. Este es otro de los casos en que se verifica que en materia de gustos no hay disputas.

En una palabra, todos los corazones rebotaban de júbilo, y cada uno, de regreso á su casa, puede decir: «Tenemos un Padre entre nosotros para instruirnos, y él tiene á su vez otro Padre que le es superior. Acabamos de ver y oír á éste. Su mano nos ha bendecido. Demos mil acciones de gracias al único verdadero Dios, que ha abierto nuestros ojos á la luz, y nos ha llamado á formar parte de tan hermosa familia.»

Mi Obispo vióse reducido á compartir mi único aposentito bajo el techo de hierba seca. No es cómodo esto, que digamos, pero no se eche en olvido que estamos en país Lo-Lo. Aquí las viviendas parecen chozas destinadas más bien para recoger animales que á dar asilo á seres humanos. Quizá tendreis curiosidad de saber algunos detalles acerca mi manera de vivir y mi instalación en medio de estos salvajes: para satisfaceros me bastará describiros las recepciones que me hicieron mis Lo-Lo.

Mi llegada á un pueblo pone toda la población en movimiento. A veces más de cien personas salen á mi encuentro con una zambra sin igual. Queman gran cantidad de pólvora, y el eco de las montañas, mil veces repetido, lleva á lo lejos la noticia de mi llegada. El ruido de los tam-tam, mezclado al són de algunos malos



instrumentos de cobre, parecidos á las bocinas de nuestros pastores, realza el brillo de la fiesta.

Llegado al punto de parada, me instalan en la mejor vivienda. Pero como todas las habitaciones de los Lo-Lo son construidas por el mismo estilo y llevan el mismo sello de *limpieza*, no advierto diferencia alguna respecto de las demás. Figuraos un recinto cualquiera dividido en tres compartimientos, separados por dos tabiques de bambúes. El compartimiento del centro es el más decente. Allí se coloca el arado y la muela para el maíz, y es asimismo la pieza destinada para la gente á quien se quiere honrar; por lo tanto es mi cuartel general, mi salón, mi dormitorio y mi capilla. Sin embargo, durante la noche me veo obligado á conceder hospitalidad á gran número de huéspedes; hombres, cerdos y pollos. Comunmente antes de entregarme al descanso doy una vuelta al dormitorio, y si encuentro un sér que no tenga figura humana, pido que sea expulsado incontinenti. De los otros dos compartimientos, uno sirve de cocina y de dormitorio para las mujeres, y otro de establo para los búfalos y cabras.

Los Lo-Lo no comprenden los inconvenientes que nosotros encontramos en sus habitaciones. Acostarse en un poco de paja ó en una mala tabla, á sus ojos ni siquiera es un pequeño sacrificio. Y cuando sobre la tabla que me han preparado para que me sirva de cama, ven que colocó mis dos cobertores, se quedan asombrados y exclaman:

—¡Cuán bien debe dormir el Padre en tan cómodo lecho!

¡Pobres gentes! En su estrechez suma no tienen conciencia de sus grandes miserias. En sus moradas no poseen ni un solo mueble. Todos duermen sobre una mísera estera extendida en el suelo. Algunos usan andrajos á modo de cobertor ó bien pieles de cabra. Cuando hace frío duermen al rededor de un buen fuego encendido en el centro del compartimiento.

Así que apunta el alba cada cual se pone en pié, y al momento doy disposiciones para que se arregle el dormitorio y quede transformado en capilla. A mi llegada nadie tuvo la idea de quitar el gran número de perpetuas arañas que en aquella pieza tienen sus reales, ni de llevar á otra parte el arado y la muela. Ha sido preciso, pues, ordenar que despejaren el compartimiento y hacerlo limpiar de arriba abajo. Terminada esta operacion, el local queda en decente estado, y no tengo que hacer más sino improvisar un altar con dos tablas sostenidas por cuatro estacas. El *antependium* ocultará su pobreza. Adorno con mis dos cobertores los bambúes que forman las paredes y separan las piezas. Todo el mundo queda lleno de admiracion á la vista de tan magníficos tapices y de un altar tan bien adornado; mas en realidad esto no es más que la imagen del establo de Belén, y cada día es la repetición de la vispera.

Con motivo de mi llegada todo el pueblo está de fiesta. Se ha muerto al ternero más gordo, y todas las familias tomarán parte en el banquete.

Terminadas las oraciones é instrucciones, cada uno se vuelve marmiton. Este enciende lumbre, aquel prepara el arroz, otro monda patatas, y los más hábiles se ocupan en descuartizar la bestia. Mi comida la guisan á parte. Instalan la marmita en mi *salon*, sobre un buen fuego.

Cinco ó seis individuos muy expertos en el arte culinario empiezan á discutir en qué salsa se servirá el animal que ha de hacer el gasto del festin. Temiendo me falte el apetito cuando suene la hora solemne, tomo el breviario y salgo fuera. Antes de media hora llega la estafeta.

— *Chen fu pay fan* (Padre, la comida está servida).

Entonces me dirijo gravemente al corredor *sicut ad tormentum*; pero luego harlo pronto: los manjares están todavía instalados en el suelo, y la mesa no parece aún.

Paciencia: la sacan por fin del establo, pues es un mueble bueno para todos los usos. ¡Juzgad de su limpieza! A nadie le ocurre la conveniencia de lavarla: el más avisado pasa solamente un poco la escoba, y ya está listo. Si no traeis vuestro servicio de mesa, no os dé cuidado; cualquiera corre al bosque y vuelve al instante con dos varillas, que os servirán de tenedor y cuchara.

Durante la comida unos veinte individuos están en torno mio, moliéndome á preguntas: mi edad, la longitud de mi barba, todo les interesa.

—El Padre no parece viejo, decian, y no obstante su barba debe tener más de sesenta años.

Juzgad de su asombro cuando les digo que sólo cuento treinta y tres.

—¡Oh! entonces, cuando el Padre tenga sesenta años su barba tocará al suelo.

Otro me pregunta acerca de mis padres, mi país, etc. Cada comida se pasa así, y cuando me levanto todos los convidados toman lugar en las mesas preparadas en el exterior.

No quiero terminar la presente carta sin deciros breves palabras acerca la administracion espiritual de mi naciente cristiandad. Los misioneros encargados del cuidado de los cristianos antiguos tienen numerosas Comuniones. ¡Ay! ¡yo no he llegado aún á esto! Es preciso ante todo extirpar muchos abusos y prevenciones. Cada año sólo muy pocos son juzgados capaces de ser admitidos á la primera Comunión. En mis visitas mi ministerio se limita, pues, por el momento, á catequizar, á examinar á aquellos que pueden recibir el bautismo, á oír las confesiones y á establecer la costumbre de la oracion en comun. Mis catequistas me facilitan mucho el trabajo. Continuamente están en campaña, y cada vez enseñan por lo menos durante quince días en el mismo pueblo. Todas las noches hay reunion general en la casa que da hospitalidad al catequista. Despues de su partida, la mayor parte de los jóvenes son aptos para orar, y continúan reuniéndose así. Si entre los catequistas se encuentra un jóven algo instruido, queda encargado de leer cada noche, despues de la oracion, un capítulo del catecismo, del que cada cual retiene lo que puede.

Para instruir á las mujeres cuento con una vírgen cristiana, especie de religiosa indígena, pues en nuestra Mision no tenemos Hermanas europeas. Nuestras vírgenes cristianas son en su mayor parte niñas de la Santa Infancia, educadas y formadas en nuestros huerfanatos. Llegadas á la edad de veinte y cinco años, si persisten en la voluntad de consagrarse á la Iglesia, hacen votos por tres años, como ciertas Religiosas de la Caridad en Europa. Unas sirven en los huerfanatos, y otras van á catequizar las mujeres.

Aquí teneis en compendio la poesia del oficio, y ahora



estais al corriente de mi programa de cada día. El misionero lleva aquí una vida nómada. No le faltan penas y miserias á su trabajo cotidiano, pero le acompaña siempre la santa alegría.

## COREA.

*Carta del Rdo. Blanc, provicario, al Ilmo. Ridel, vicario apostólico de la Corea.*

Seul 1.º de Agosto de 1882.



INDUDABLEMENTE tendréis ya noticia de los graves sucesos que acaban de ensangrentar la capital del reino de Corea. Dejo al Rdo. Mutel el cuidado de daros los pormenores de tan siniestro asunto. Por mi parte os invito á dar gracias al divino Maestro por la visible proteccion con que ha rodeado á sus hijos.

Dicho compañero y yo nos contamos todavía en el número de los vivientes: uno solo de nuestros cristianos, Ni Mateo, que habitó algun tiempo con nosotros en Nuestra Señora de las Nieves (Mandchuria), se vió envuelto en el tumulto y mezcló su sangre inocente con la de tantas otras víctimas de la revolucion.

Es de creer que la infeliz Corea tiene que expiar muchos pecados cuando tanto pesa sobre ella la Justicia divina. Lo que parece increíble es que toda la poblacion de la capital aplaudiera los excesos cometidos. Unicamente los cristianos se han mostrado súbditos fieles; sólo ellos se han compadecido de las dolores é ignominias que han tenido que sufrir el rey y la reina; ni uno de ellos ha cooperado á las escenas de furor y carnicería que han deshonorado á todo el pueblo coreano.

El partido anticivilizador y antieuropeo acaba de tomar su revancha, que ha sido estrepitosa y terrible como podía esperarse, pero más cruel y salvaje de lo que nadie hubiera imaginado. Los resultados son espantosos: la Majestad Real sin corona, sin fuerzas y sin poder, no teniendo en quién apoyarse; el ejército desorganizado, no reconociendo ningun jefe y amenazando aún renovar sus atropellos si se deja con vida á la reina; los japoneses arrojados, y entregados al incendio y al saqueo sus palacios, y doce de sus cadáveres arrastrados por el fango; todos los miembros influyentes de la familia de los Min desterrados ó muertos; gran número de inocentes odiosamente inmolados como sospechosos: tal es una parte del balance de esta espantosa revolucion, inaudita hasta en los anales de la Corea.

Y ¿quién es, me preguntaréis, el autor y el fautor de tantas desdichas? Dios lo sabe, y no me toca á mí convertirme en denunciador de nadie. Exteriormente no ha habido jefe ni en el ejército ni en el pueblo: todo parece haber sido obra de un movimiento espontáneo; pero ¿puede por ventura suponerse razonablemente que no hubo una mano oculta para prepararlo y dirigirlo todo? Entre las principales víctimas se cuenta á Heung-sen-Konn y al primer ministro (San-tcho, tio paterno del rey), Min-Kyen-ho (tio por alianza), Min-tchyang-ho, Min-Yang-i-Si-Ky (parientes del rey por línea materna), y Kimpo-heu-i, ex-gobernador de la provincia de la capital. Todos éstos eran conocidos como enemigos ó contrarios del regente, á causa de sus buenas relaciones con los japoneses.

Se redactó un documento odioso, y lo metieron en el bolsillo de un individuo, con la consigna de hacerse arrestar en la puerta del Sur. En él se decía que el ministro japonés, de concierto con los Pun-syang (braceros), debía apoderarse de la capital y del trono el 20 de la 7.ª luna, casarse con la reina Min, etc., etc., etc. Fácilmente puede concebirse la sobreexcitacion que produjo en los que no estaban en el secreto el descubrimiento de semejante escrito: así es que los infelices detenidos y muertos como Pu-syang son los que han padecido más en el motin.

Parte el corazon el solo recuerdo de los actos de crueldad y de salvajismo que han manchado la capital; irritando más que todo la cobardía de que han dado pruebas los nobles y dignatarios coreanos: á todos les ha dominado el miedo y el egoismo: no ha habido un solo acto de energía y abnegacion. Todos esos miserables, tan celosos y patriotas cuando se trata de quitar la vida á pobres cristianos que no les oponen la menor resistencia, ¿en dónde estaban cuando peligraba su rey? Le dejaron cobardemente abandonado á merced de una horda de miserables, vestidos con andrajos más ó menos militares. Ni uno solo se presentó á prestar socorro á su príncipe ó á morir por él...

La tranquilidad está casi restablecida: el regente está hoy al frente de los negocios; todos sus enemigos han desaparecido, y por consiguiente todos los empleos y honores son para sus hechuras.

Cuando el arresto de Ni Mateo se temió la persecucion, pero se cree que será retardada. La antigua reina Tjyo y el rey han disuadido de ella al regente, y además este último tiene otros cuidados, el mayor de los cuales por el momento es el de hacer arrestar la reina Min, escapada á los asesinos, cuya muerte habia prometido con juramento; si bien desde hoy el pueblo lleva luto por la reina, aunque viva todavía. ¿Cuánto tiempo tardará en caer en manos de sus enemigos? Dios lo sabe; por ahora expia cruelmente la oposicion que hizo á su padraastro y su deseo de abrir la Corea á las naciones extranjeras. ¡Que el Señor la proteja! pues los cristianos le deben no pocos favores.

Otra preocupacion de todos los ánimos es la invasion japonesa. Los coreanos comprenden muy bien que han cometido un atentado que no puede quedar impune, y les consta que no tienen fuerzas para resistir á los japoneses. Así es que desde que se restableció un poco la tranquilidad, todos los que tienen algun dinero salen de la ciudad para ir á buscar un refugio en provincias.

Hanabusa (el ministro japonés) al abandonar la Corea prometió volver el 2 de la 7.ª luna para buscar los autores del atentado contra su persona, y espero que mantendrá su palabra: todos lo creen así tambien. Víctimas de una excesiva confianza, los japoneses han mostrado una bravura y un valor que no puedo menos de admirar. Aunque sólo eran un puñado de hombres en presencia de una multitud inmensa y exasperada, verificaron su retirada tranquilamente, y su audacia impuso á la multitud, que no supo resistirles.

Si la guerra ha de tener lugar, más temor me infunden los soldados coreanos que los japoneses; así creo que si se quieren evitar muchas víctimas humanas, será necesario mandar los coreanos con energía y rapidez.



Juzgando que el sitio de Seul será menos prolongado que el de París, me veré obligado tal vez á sufrir sus peripecias, pues á causa de los peligros del camino, hasta ahora no he podido ni he creído prudente aventurarme á salir.

Los cristianos se encuentran asimismo en una posición harto difícil, teniendo ante sus ojos la perspectiva de la guerra y de la persecución. ¡Dígnese el Señor venir en nuestra ayuda!

Cuento especialmente en vuestras santas oraciones y en las de nuestros amigos del exterior. Carezco de noticias de mis compañeros, pero todo me hace creer que no les ha acontecido cosa alguna desagradable.

*Carta del Rdo. Mutel al Ilmo. Ridel.*

Seul 4 de Agosto de 1882.

**H**ACIA mucho tiempo que circulaban rumores de descontento contra el Gobierno. Los letrados se venían lamentando de que se tributaba harto honor á los japoneses y de que se entraba en relaciones con los Gobiernos extranjeros; los soldados reclamaban á voz en grito sus sueldos con los atrasos de catorce meses, é irritados de que se les dejase desatendidos, mientras que se pagaba fielmente á sus camaradas que aprendían el ejercicio japonés. Cierta noble, Paik-Wek, que se había permitido hacer algunas observaciones al Gobierno acerca la suerte de los soldados, fué encarcelado en el Keum-pu.

Estando los graneros casi vacíos, el Gobierno, en la imposibilidad de pagar todos los atrasos, ordenó que se satisficiera el sueldo de dos meses. Hízose esto bien ó mal; pero estando los sacos de arroz medio vacíos, gracias á los encargados de los graneros, se dieron los sacos por llenos, y los soldados protestaron vivamente. Uno de los guardianes descontento hizo encerrar á cuatro; dos fueron condenados al destierro, y los otros dos debían ser ejecutados cuando el domingo 23 de Julio, sin duda á una consigna dada, todos los soldados se levantan como un solo hombre y van á librar á los condenados; luego se dirigen al Keum-pu y ponen á Paik-Wek en libertad. Desde allí corren á casa de Min-Kyem-ho, que era primer ministro, y la invaden y saquean enteramente. El ministro huye al palacio. Las habitaciones de los Min sufren la misma suerte.

Entonces les tocó el turno á los japoneses. Era un domingo; habían despedido á todos sus soldados, y muchos habían partido fuera de la puerta del Oeste, hacia Htyen-yen-tyeng, su residencia ordinaria: únicamente cinco quedaban en el cuartel, cerca de la grande puerta del Este. Al enterarse de lo que sucedía, tres de ellos se arman con los sables y huyen hacia dicha residencia. Por el camino la multitud amotinada les acosa con injurias y amenazas. Un malvado se permite golpear á un japonés, y éste le hunde la espalda de un sablazo. Entonces principiaron á llover piedras y palos, y el japonés queda sin vida frente el Hong-sal-Mun (uno de los palacios de Seul); algo más lejos cae uno de sus compañeros, y el tercero queda muerto en el momento en que sale de la puerta del Sur. Los dos japoneses que quedaron en el cuartel son también asesinados á su vez.

Acto continuo la multitud se dirige al Htyen-yen-tyeng: no atreviéndose ni uno solo de aquellos cobardes á penetrar en el interior, ponen fuego á las cuatro esquinas de la casa. Siendo imposible permanecer allí, los japoneses amontonan sus efectos en el patio, los queman, y armados con los sables verifican su salida en regla. Momentos antes tres camaradas, que salieron á caballo para informarse de lo que sucedía, habían sido muertos frente el palacio del gobernador. Los sobrevivientes, en número de veinte y cinco, dicese que se ordenaron en doble hilera, poniendo á Hanabusa, su jefe, en el centro, y se abrieron paso á través de la multitud.

Los asaltadores huyeron cobardemente: algunos fueron arrojados al estanque de los nenúfares, y otros muchos quedaron heridos, ascendiendo á doce los que murieron bajo el sable de los japoneses. Estos se retiraron tranquilamente como bravos, dirigiéndose hacia In-tchyen. Cuéntase que al ver en la calle los cadáveres de tres de los suyos no pudieron contener el llanto. Al llegar al río se les ofrecieron algunas dificultades, pero finalmente pasaron.

El día siguiente á las diez, extenuados de fatiga y de hambre, comieron en una posada y continuaron su camino. El gobernador de In-tchyen les acogió y prometió protegerles. Mientras deliberaban, llegaron cincuenta soldados á caballo, intimando al mandarín que les entregase los japoneses. Rehusándolo éste, trabóse un combate y sucumbieron siete fugitivos, hazaña que, según se afirma, fué debida á un energúmeno que, montado en lo alto de la casa del mandarín, se despachó á su gusto arrojándoles tejas.

Finalmente obtuvieron una barca, y dicese que el gobernador de In-tchyen partió con ellos. Despues de correr grandes peligros fueron encontrados por un buque inglés, que los recogió á bordo y los condujo al Japon.

En suma, los japoneses se portaron valientemente, y á ser en mayor número, no cabe duda que hubieran hecho frente á la multitud y conservado su posición.

*24 de Julio.*—Entre tanto los soldados amotinados no pierden el tiempo: se reúnen en el palacio de Ha-tokan, y se distribuyen armas. A pesar de una lluvia torrencial, se reúnen á las ocho de la mañana ante la residencia Real y penetran en ella sin ceremonia. Se presentan al Rey y le piden con amenazas que les entregue el primer ministro: no contestándoseles al momento, buscan por todas partes, y encontrando á la infeliz víctima, la sacrifican sin dilación alguna.

Reclaman entonces á la reina Min: el rey, fuera de sí, baja la cabeza sin contestar, mientras aquellos monstruos hacen ademán de atravesarle con sus lanzas, escena que se repite ante el regente. Escudriñan por todas partes, y dicese que pusieron la mano sobre la reina, pero que habiéndose hecho pasar por una dama de palacio, la dejaron partir. Todos los guardias, servidores, eunucos, etc., huyeron cada cual por su lado, y sólo quedó en el palacio el rey á merced de los desalmados. Por fin el regente les juró que la reina sería envenenada, puesto que tal era su voluntad, y poco despues se retiraron.

Durante todo este tiempo la muchedumbre amotinada se deshacía en clamorosos gritos frente el palacio: añá-





ITALIA. — Vista de Subiaco, primera residencia monástica de san Benito. (Pág. 497).



diéndose á esto los disparos de fusil, el tambor, la trompeta, el trueno y fuerte lluvia. Mi casa dista poco del teatro de tales horrores, y oí mudo de terror aquella in-noble saturnal.

Durante la noche los soldados volvieron nuevamente pidiendo que se les entregase la reina ó por lo menos su cadáver.

*25 de Julio.*—Este día tiene lugar el saqueo y destruccion de todas las casas de los Min y de sus amigos. Son robadas asimismo varias tiendas de arroz, bajo pretexto de que lo venden muy caro: un almacen de calzado de cuero tiene la misma suerte. Un rico comerciante, precedentemente en relacion con los japoneses de Tong-Nai, ve tambien su casa entregada al saqueo.

Al medio día los soldados se dirigen al palacio y pretenden excusarse. ¿Hase visto comedia semejante?

A las diez de la noche, poco despues de sonar la campana, espárcese la noticia de que llegan todos los braceros del reino y quieren forzar la gran puerta del Este. Hubo entonces un pánico general, tanto en la Corte como en la poblacion. El rey abandona su residencia, y huye: los soldados y la multitud se reunen frente el palacio; cada cual abandona su casa y se esconde. En todas las calles no se oyen sino estas palabras: «Salvaos pronto, estamos todos perdidos.»

Nuestros neófitos querian huir tambien, pero tanto les supliqué, que consintieron en quedarse: poco á poco se esparce el rumor de que la gente á quien tanto se teme se encuentra todavía á 30 *lys* (leguas) de Seul, pero que todo lo pasan á sangre y fuego. Cada cual, pues, vuelve á su casa, y á la una de la madrugada dícese que nada hay que temer por esta noche.

*26 de Julio.*—Muy de mañana la multitud es compacta frente el palacio: dícese que los soldados han partido al encuentro de los enemigos, y á poco se sabe que no hay sombra de ellos. Sea lo que fuere, la soldadesca se da el vil placer de prender algunos de los braceros que se encuentran en la capital, los atan y la multitud les da muerte á puntapiés ó á palos: así perdieron la vida siete inocentes, y el furor de la muchedumbre era tal, que algunos decian:

—¡Mientras no se les corte en tajadas y se les devore despues de asados, no me daré por satisfecho!

Esta rabia es verdaderamente inexplicable: ¡ay! ¿qué viene á ser el hombre sin Dios!

*27 de Julio.*—Empieza el régimen de los sospechosos: en todas las esquinas se registra á los transeuntes más ó menos sospechosos de ser braceros, guardianes de graneros, etc.

*28 de Julio.*—Un cristiano, Ni Mateo de Hpyeng-Yang, hacia mucho tiempo que era preceptor en una casa pagana. Huyó el propietario, y no sabiendo dónde ocultarse, se decidió á partir para su país: pasando por Mo-hoa-Ku, creyéndosele sospechoso, fué registrado, y encontráronle los rosarios. Con esto tienen bastante para agobiarle de golpes y conducirlo atado ante el regente, quien ordena sea encerrado en el Hpok-tyeng, cárcel de Seul. A pesar de los suplicios mantúvose con inquebrantable firmeza, pidiendo sólo morir al filo del sable. Anúnciase que ha sucumbido. Tenemos, pues, un mártir más.

¿Tienen fautores tantas abominaciones? Es probable.

Considerando que los personajes sacrificados son todos enemigos personales del regente, puede sospecharse con fundamento que algo se ha mezclado en el asunto. Si es así, hay que añadir que la cosa ha ido más lejos de lo que él queria, pues por su parte ha corrido tambien peligros, y aún hoy está lejos de permanecer tranquilo. Es más fácil soltar las fieras que apaciguarlas.

Se dice en alta voz que la reina no ha muerto; mas sea lo que fuere, parece va á procederse á sus funerales. Hoy, día fijado para el luto del reino, se ofrece una increíble extrañeza: unos traen sombreros blancos, y otros negros.

Cuéntase tambien que el Gobierno envia un embajador al Japon para presentar sus excusas. Otros añaden que se implora la mediacion de las potencias con las que recientemente se ha hecho alianza. Lo que hay de cierto es que se teme una guerra, y que el regente no duerme en lecho de rosas. Los braceros del reino ¿vengarán la matanza de sus compañeros inocentes? El porvenir es sombrío, y muchas personas aprovechan la calma relativa para huir á provincias.

Han corrido ya algunos falsos rumores de persecucion, y anteayer estaba casi decidido á ponerme en salvo; pero esto era una falsa maniobra que hubiera podido costarnos caro. En suma, hoy por hoy nada hay de eso, pues como la atencion del regente está fijada en otros puntos, parece que no se mezclará con nosotros.

Lo más deplorable de todo es que tantas atrocidades no han sido en manera alguna reprimidas ó castigadas, pues toda la fuerza del Gobierno se compone de tres ó cuatro mil canallas de soldados, y nada se tiene para oponérseles. Al presente se les pagan rumbosamente sus atrasos, como invitándoles á empezar de nuevo. ¡Infeliz Corea! Triste es tener que consignar que el pueblo aplaudió en masa semejantes abominaciones.

Afirmase que los nobles de la Corte dirigen una peticion al rey á fin de rogarle que se busque á lo menos el cuerpo de la reina antes de proceder á sus funerales: el regente muestra tambien gran diligencia con objeto de encontrar á la reina muerta ó viva, y témesese un nuevo levantamiento de los satélites: por otra parte cuéntase que la princesa está decidida á no morir.

Despues de los referidos acontecimientos, á pesar de nuestros vivos deseos de conferenciar con el reverendo Provicario, no nos hemos atrevido á reunirnos: la calle está actualmente poco segura, y con la sobreexcitacion de los espíritus, fácilmente podríamos ser reconocidos y asesinados: aguardamos, pues, á que reine un poco más de calma. No tenemos noticia de los compañeros de provincia: es probable que, lejos de la capital, nada tengan que temer.

En las difíciles circunstancias en que nos encontramos, y que de un día á otro pueden costarnos la vida, me hago un deber de renovaros la seguridad de mi completa y humilde obediencia y de mi afecto el más sincero. ¡Gracias sean dadas al Señor por la visible proteccion con que nos ha amparado hasta este día, y dignese su adorable Providencia velar sobre nosotros y nuestros cristianos!

A la noticia del monstruoso atentado cometido contra el embajador japonés y las personas de su séquito, cuyos detalles se refieren en las dos cartas precedentes, todo el Japon se conmovió y reclamó pronta y terrible venganza por el ultraje hecho al país y el asesinato de sus hi-



jos. Cediendo á la opinion pública, el Gobierno japonés hizo inmediatamente grandes preparativos de guerra. Antes de romper las hostilidades, Hanabusa volvió á Corea acompañado de fuerzas imponentes, y se presentó en la capital, á donde le llamaban el rey y el regente, prometiéndole todas las reparaciones que exigiese.

A su llegada á Seul el ministro japonés fué objeto de hipócritas atenciones por parte del regente; pero en medio de las fiestas con que le obsequiaron no perdió de vista el objeto de su mision, y formuló sus exigencias al Gobierno coreano, declarando que si al cabo de tres dias no habia recibido respuesta satisfactoria, abandonaria la capital para volver al Japon. El regente pretextó asuntos que le llamaban á provincias, y prometió dar una contestacion á su regreso. Hanabusa no se dejó prender en las redes y se mantuvo firme; al cabo de los tres dias fijados arrió su pabellon y regresó á su país.

Despachóse un correo á toda prisa á su alcance, y le anunció la llegada de un plenipotenciario provisto de los indispensables poderes para terminar las diferencias entre el Japon y la Corea. El anunciado diplomático, en efecto, llegó en breve, y firmó un nuevo tratado que estipula:

1.º El castigo de los autores del ataque contra la legacion japonesa y de la muerte de algunos de los atacados; 2.º el pago de una indemnizacion de 50,000 *yen* (230,000 pesetas próximamente) á las familias de las víctimas, y de otra indemnizacion de 500,000 *yen* al Gobierno japonés por gastos de preparativos de guerra; 3.º el mantenimiento de tropas japonesas en Seul para defensa de la legacion; 4.º la apertura de un nuevo puerto (Yokatse) al comercio japonés, autorizacion para el personal de la legacion de viajar en el interior, y para los residentes de circular al rededor de los puertos abiertos en un radio de diez leguas; 5.º el envío de un embajador coreano portador de una carta autógrafa del rey presentando sus excusas á S. M. el Mikado.

Despues de la partida de Hanabusa y de las tropas que le acompañaban, el diplomático chino Ma, que habia ya dirigido las negociaciones entre el Gobierno coreano y las potencias extranjeras, penetró á su vez en la capital á la cabeza de fuerzas imponentes, siendo recibido á su entrada por el rey y el regente. Al cabo de algunos dias dió un banquete, al cual fueron invitados estos dos personajes y los principales mandarines del reino. En medio del festin significó al regente que tenia orden de arrestarle y conducirlo á Pekin para ser juzgado, como así se hizo en seguida, quedando para siempre libre la Corea, como lo esperamos, de aquel monstruo de crueldad. Este odioso personaje fué quien en 1866 mandó quitar la vida á nueve misioneros y á millares de cristianos. Su nombre habrá que añadirlo á la larga lista de perseguidores que áun en esta vida han expiado sus atentados contra Dios y su Iglesia.

Otra noticia hay no menos importante, pero que damos con toda reserva: parece que los Estados-Unidos é Inglaterra rehusan ratificar el tratado concluido por sus enviados con la Corea, motivando su resolucion las pretensiones de la China sobre la península coreana, la prohibicion de que los misioneros prediquen la religion cristiana y penetren en el interior, y porque no se permite el comercio del opio. Excepto en este último punto, es de aplaudir la decision de los Gobiernos de la Union americana y de la Gran-Bretaña.

## JAPON.

*Carta del Rdo. Vigroux al Ilmo. Osoif, vicario apostólico.*

Yedo, 14 de Abril de 1882.

**D**URANTE mi última expedicion al Ken de Tehiba he bautizado un japonés, muy adicto hasta hace poco al budismo y en particular al culto de una falsa deidad llamada Fu-do, cuyo templo es el centro de una gran peregrinacion. Quiero decir algo acerca de este templo y de los excesos de celo de aquel pobre japonés cuando estaba aún en el error.

El templo de Fu-do (nombre que significa inmovilidad, reposo) se encuentra en Narita, pueblo de la provincia de Shimosa, á 15 leguas próximamente de Yedo. La peregrinacion que se hace allí data de tres ó cuatro siglos. Cerca del pueblo y á ambos lados del camino que á él conduce desde la capital, todo es un bosque som-

brío de árboles gigantescos. Enormes piedras oblongas, levantadas sobre un sólido pedestal, pulidas de una cara y cubiertas de inscripciones; estatuas de bronce representando á Fu-do ó divinidades subalternas, advierten al peregrino que se aproxima al lugar sagrado y que es ocasion de que se penetre de un religioso respeto. Grandes abetos dan sombra al templo. Dos ó tres montecillos cubiertos de árboles le hacen como un cerco para alejar todo lo que pudiera turbar su silencio y reposo, y está adosado á una pequeña colina bastante escarpada. Se llega á él por grandes escalinatas de piedra. Finalmente en el fondo de una plataforma adornada de estatuas de bronce y piedras se levanta el monumento, que es colosal. Sin embargo, nada tiene de particular y que le distinga de las innumerables pagodas que abundan en el Japon. En la parte posterior la pendiente de la colina está salpicada de grandes piedras, levantándose en cada una de ellas una estatua de bronce de tamaño natural, con una aureola en torno de la cabeza, y en las manos una balanza, una vara ó cualquier otro instrumento simbólico. Es una verdadera legion de divinidades que, descendiendo del empíreo, vienen al encuentro de los mortales para recompensarles ó castigarles segun sus obras. En la parte inferior de la colina se ve otro enjambre de deidades que presiden á las abluciones y purificaciones tomadas, tanto en invierno como en estío, por los mortales culpables, bajo pequeñas cascadas construidas al efecto.

Al rededor del templo hay las habitaciones de los bonzos, que ascienden á treinta, teniendo á su servicio en el interior de sus casas más de cien personas. En el exterior seria bastante exacto decir que casi todo el pueblo se ocupa exclusivamente del templo y de su personal. Cuéntanse en la poblacion siete posadas, cada una de las cuales parece puede albergar 300 personas próximamente. En ciertas épocas del año son insuficientes, y entonces las casas particulares reciben á los peregrinos. Esta afluencia proviene sobre todo de las ocho provincias del Este, que cubren el vasto territorio designado con el nombre de Kuwan-to. Cada peregrino echa su óbolo en el gran número de Sai-sen-bako, ó especie de cepillo colocado á la entrada del templo principal y de los pequeños templos que lo rodean. Las colectas se elevan anualmente á sumas extraordinarias. Uno de estos últimos años las sapecas recogidas en los Sai-sen-bako se asegura que dieron la suma de 44,000 *yen* (220,000 pesetas próximamente). Además se hacen cuestaciones en las provincias, y casi cada jefe de peregrinacion al templo de Fu-do trae una ofrenda considerable para los felices bonzos que le sirven. A veces las colectas se hacen en especie: así es como en ciertas épocas del año se ven llegar caravanas de caballos cargados con sacos de arroz, toneles de vino, etc. Un Kuda ó almacén, casi tan grande como el templo, y levantado junto á éste por los habitantes de la provincia de Mito, es destinado para recibir estos dones, mientras los bonzos venden los que, aún con la mejor voluntad del mundo, no pudieran consumir.

En diversas provincias hay bosques, campos de arroz y montañas enteras que les pertenecen y cuyas rentas perciben, y son tambien ofrendas que se les han hecho. Enseñando el bonzo que el que le da una sapeca recibe



por lo menos dos del cielo y hace ciertamente el *Kuwai-un*, esto es se enriquece, la credulidad pública engañada se deshace en larguezas. Un nuevo medio de lucro consiste en la venta de los Fuda, ó planchitas cubiertas con una tela rojiza. Su precio varia de 0'50 á 15 *yen* (2'50 pesetas á 75). «Cuanto más caro se paga, más dicha se compra,» dicen los bonzos. Se hace de Fuda una venta tan extraordinaria, que de vez en cuando descienden del Norte barcos cargados de madera para aprovisionar el templo. Estos cargamentos son tambien un don á Fu-do, y los donantes vendrán á su vez á dar su dinero para recuperar una tablita de su madera, cuya entera virtud se reduce á haber sido cubierta con una mala tela roja.

Aún tienen otros expedientes para amontonar dinero: así, para no citar más que uno, cuando una suscripcion alcanza la cifra de 250 pesetas, el bonzo se digna consentir en quemar los papeles en que hay escritos los pecados de los suscritores, «á fin de que sean borrados, dice, y olvidados para siempre jamás.» Con todo esto, los bonzos están muy descontentos de sus creyentes y de los peregrinos. A prestarles oídos, mueren de hambre, y encuentran que es muy duro el corazón de los hombres, que les dejan así sufrir en la miseria, y dicen que se encuentran agobiados de deudas. El público les cree ó no, pero ignora ó quiere ignorar qué se hace de tanto dinero, si es cierta la afirmación de los bonzos.

Hablemos ahora del jóven que daba grandes esperanzas á Fu-do y debía socorrer á los infelices falsos sacerdotes. Era originario de los alrededores de Mito. A diez y ocho años fué Sha-tcho, ó jefe de las peregrinaciones que descendían de la provincia de Jwaki. Para merecer esta dignidad tuvo que practicar austeridades inauditas, ayunar muchas veces, primero tres días enteros, luego cinco y por último siete, sin tomar cosa alguna. Las torturas que experimentó con estos prolongados ayunos eran atroces; el más duro tormento era el de la sed. El interior se secaba, el cuerpo se convertía en feo esqueleto, casi incapaz de movimiento. Cumplidos esos *dan-jiki*, nuestro jóven fué juzgado digno de ponerse al frente de los peregrinos. Durante seis años hizo una vez cada mes el camino de Narita, unas cien leguas entre ida y vuelta. No cesaron para él las austeridades á pesar de su nuevo título de Sha-tcho. En tal cualidad tuvo siempre que dar buen ejemplo y adquirir méritos, no sólo para sí, sino tambien para sus protegidos. Mañana y tarde, tanto en invierno como en verano, tuvo que hacer el Sen-giyo, ó purificación exterior. Estas purificaciones

consisten en derramarse sobre la cabeza cincuenta cubos de agua, ó ponerse durante mucho tiempo bajo una cascada. El fervoroso japonés cuando no usaba el primer medio se ponía bajo un salto de agua: en invierno su cuerpo se convertía en un témpano, le rechinaban los dientes, pero permanecía inmóvil diez minutos y á veces un cuarto de hora. A más de los Sen-giyo y de los frecuentes Dan-jiki de un día entero, tenía que abstenerse de los *imimono* ó artículos prohibidos por la ley de la abstinencia. En todo tiempo le estaba interdicho comer cosa alguna hasta las diez de la mañana, y á la hora de comer no podía usar de carne, ni de pescado, huevos, vino, ni siquiera hortalizas de olor fuerte, como el ajo y la cebolla.

Este excelente jóven observaba semejantes prácticas con religioso escrúpulo. Si advertía alguna vez que tomaba por inadvertencia alguna cosa prohibida, interrumpía en el acto la comida, y hacía ruda penitencia

para reparar la involuntaria transgresion. Constantemente temía violar sus compromisos y estaba en continua ansiedad. Fu-do, la divina quietud, le recompensaba á su vez por tan religioso temor: aparecíasele en sueños, ora con una aureola en la cabeza, ora espada en mano. La aureola y la espada tenían para él un sentido que le parecía comprender: la primera era el símbolo de la dicha, y la segunda del castigo. Tales visiones redoblaban su celo y su temor. Era ya tiempo, hasta para la salud de su cuerpo, cuando felizmente un catequista le hizo conocer su error. No fué difícil convencerle del embuste de que era víctima. Sus temores se disiparon po-

co á poco, cediendo su lugar á los primeros resplandores de la libertad de los hijos de Dios, y cuando su mente quedó enteramente iluminada, su gozo fué sobre toda ponderacion. Lamentóse de haber sufrido y trabajado tanto por el demonio, mas consolóse con la idea de que la gracia de la salvacion le venia, en parte tal vez, por la sinceridad de su alma, aún en el culto de un falso dios.

Al presente este jóven es cristiano, y anhela emplear por el buen Maestro el celo que no há mucho consagraba á Fu-do. Desea y espera hacer abrir los ojos á gran número de sus conciudadanos sumidos todavía en las tinieblas. Deplora su ceguedad y quisiera iluminarles. Estos sentimientos son muy naturales y legítimos. Suplico á Dios que se digne escuchar sus votos y esperanzas y que haga de él un instrumento de salvacion.



ARIZONA (Estados-Unidos). — El cactus gigantesco. (Pág. 497).



## TIBET.

*Carta del Ilmo. Biet, vicario apostólico del Tibet.*

Ta-tsien-lu, 2 de Mayo de 1882.



ENGO el gusto de anunciaros que nuestro proceso ha terminado satisfactoriamente para nosotros, y os invito á unir vuestras acciones de gracias á las nuestras, pues sin la proteccion divina el asesinato del Rdo. Brioux hubiera podido acarrear consecuencias funestísimas para la Mision. Las revelaciones obtenidas en los diversos interrogatorios de los asesinos me permiten hacer algunas rectificaciones que mostrarán claramente quiénes son los verdaderos autores del crimen.

Al partir de Bathang el 8 de Setiembre, aquel misionero tuvo que pasar por frente de la lamasería, pues no hay otro camino. Un lama y un láico tibetano, encargado del correo y de la seguridad del camino, salieron al mismo tiempo del monasterio y acompañaron á nuestro amigo á corta distancia. Al llegar al campamento estos dos hombres, cuyos malos designios no podían sospecharse, ayudaron voluntariamente á los muleteros á descargar á los animales, á amontonar las cajas y otros bagajes, y luego continuaron su camino.

El Rdo. Brioux acampó frente del pueblo de Chisongong, dependiente de Bathang, de cuya localidad sólo le separaba el rio Kin-Cha-Kiang (rio Azul). Cuando se hubieron perdido de vista, los dos sobredichos viajeros cruzaron el rio en una barca de piel de buey y entraron en Chisongong, donde reunieron sus cómplices, á saber: el alcalde del pueblo con cuatro de sus domésticos, un rico lama de la lamasería de Bathang, un postillon guarda camino, dos barqueros y cuatro San-ngay (bandidos de profesion). El número mayor de asesinos eran, pues, súbditos de Bathang y de los lamas, y sólo invitaron á los bandidos para desorientar las pesquisas de la justicia. Cometido el asesinato como lo referí en mis precedentes cartas, los culpables destrozaron las cajas, y no tomándose siquiera el trabajo de contar el dinero, se lo repartieron: la suma entera consistía en rupias inglesas. Probablemente echaron en el rio ó enterraron los objetos europeos que podían comprometerles, tales como copones, incensarios, capas pluviales, etc. Hasta el presente nada se ha encontrado de todo esto. Despues del reparto la mayor parte de los asesinos cruzaron de nuevo el rio, llevándose consigo los mulos, los caballos y el botín; empero cuatro de ellos, los dos lamas y los dos láicos guarda caminos, regresaron tranquilamente á la lamasería, á donde llegaron antes de la aurora.

Desde que se hizo público el crimen los jefes indigenas y los lamas dieron muestras de dolor tan exageradas, y acusaron con tanta violencia á los bandidos San-ngay, que el mandarin chino Ky-tche-Uen sospechó de su sinceridad. Expidió algunos espías de su pretorio, y poco tardó en saber que varios asesinos estaban en la lamasería, protegidos por los mismos lamas que se mostraban exteriormente tan desolados.

Despues de asegurarse del hecho, el mandarin se dirigió á la lamasería acompañado de algunos domésticos, y pidió que le fuesen entregados los culpables. El superior, viendo descubierta la superchería, dió el grito de guerra. Inmediatamente contestaron á su llamamiento

enjambres de lamas, que á pedradas rechazaron al mandarin y su gente, cerrando luego las puertas del monasterio. Irritado Ky-tche-Uen con tamaña injuria, reunió los soldados chinos de Bathang, y vestido de uniforme vino con su tropa á intimar al superior que le entregase los asesinos. Esta vez el mandarin fué recibido á tiros, y él y sus soldados emprendieron la fuga más que de prisa.

Los lamas, sin embargo, asustados de este golpe de audacia que podia privarles del sueldo que reciben del Gobierno chino, dieron algunas excusas y entregaron dos de los asesinos, los dos laicos de Bathang. Estos, irritados por verse vendidos, denunciaron á sus cómplices, declarando que los principales asesinos estaban en la lamasería, donde se habia tramado el crimen. Esta vez los lamas rehusaron absolutamente entregar los culpables, declarando que estaban prontos á rebelarse y á proteger con las armas á sus compañeros acusados de asesinato. Pretendian que sus personas son sagradas é inviolables, y que los mandarines chinos no tienen derecho para castigarles ni juzgarles.

Ante tan atrevida resistencia el mandarin no hizo nuevas instancias, pero mandó á Bathang la guarnicion china de Kiang-Ka (50 hombres) á fin de protegernos contra los lamas, y escribió al virey del Su-tchuen pidiendo instrucciones: por su parte el virey de Tchen-tu consultó á Pekin la conducta que debia observar. Felizmente nuestro ministro el Sr. Bourée habia tomado á pechos nuestra causa, y el Tsong-li-ya-men (Gobierno) dió orden para que se nos hiciera pronta y completa justicia. Estas conferencias duraron dos meses.

Durante este tiempo los lamas no estuvieron ociosos: viendo que no se hablaba ya de nosotros y que no se nos hacia justicia por la muerte de un misionero, se creían vencedores, y conspiraban ya para la destruccion total de nuestras estaciones. Fácil les fué hacer creer al pueblo que estábamos completamente abandonados. Esta vez los paganos nos creyeron enteramente perdidos para siempre: nuestros neófitos vivian en la mayor ansiedad; pero al cabo de dos meses de turbacion renació la esperanza al hacerles saber por un expreso las órdenes favorables del Tsong-li-ya-men.

El virey delegó á nuestro mandarin de Ta-tsien-lu, con quien estoy en buenas relaciones. Un coronel y 150 soldados chinos recibieron orden de partir inmediatamente para Bathang. Tuve una entrevista con ellos antes de su partida, y fué muy fácil entendernos, pues mis demandas concordaban con las órdenes del virey. Convino que los asesinos á quienes pudiera cogerse serian tratados segun la ley china; que no pudieran prevalerse de su titulo de lamas para escapar al castigo merecido; que se nos indemnizaria de nuestras pérdidas, sea por la restitution de los objetos robados, sea por una compensacion en dinero, y que terminaria el proceso un edicto en favor de la religion cristiana.

Los jueces y su escolta llegaron á Bathang de improviso: los lamas armaron á 900 de los más jóvenes de entre ellos, pero sus bravatas se desvanecieron ante la firmeza de los delegados chinos. El superior hizo ofrecer 4,000 *taels* (32,000 pesetas) al mandarin de Ta-tsien-lu y á los otros guerreros, si en lugar de hacerles justicia les permitian consumir nuestra ruina. El mandarin, que



cobra 10,000 *taels* anuales, no quiso exponer su buena posicion por tan poco. Esta proposicion por otra parte le daba una nueva prueba de la complicidad de la lamasería, y por lo mismo le hizo contestar que reconociéndonos Pekin el derecho de habitar en Bathang, nos protegeria contra los lamas; que si dentro dos días no eran entregados los asesinos, daria orden para atacar y pasar á fuego la lamasería. Los lamas, á pesar de sus 900 compadres armados con sables y fusiles, no se atrevieron á chistar, y el superior entregó á la justicia los dos culpables.

Despues de tres interrogatorios, un lama y un láico guarda caminos, y los dos espías que habian seguido al misionero, convencidos de haber reunido los matadores y asesinado al Rdo. Brioux á sablazos y pedradas, fueron decapitados en Bathang; el otro lama rico y el láico, entregados igualmente por la lamasería, los enviaron encadenados á Ta-tsien-lu; están en la cárcel de los condenados á muerte, y aguardan la decision del virey. Los otros asesinos están todos refugiados entre los San-ngay. En las puertas de la lamasería, en la ciudad de Bathang, en Yerkalo y otras principales localidades del territorio se ha fijado un edicto chino tibetano en favor de la Religion. Los jefes indigenas y la lamasería, convencidos de complicidad, han sido condenados á indemnizarnos: se nos han devuelto cinco mulos y 1,878 *taels*, suma equivalente á nuestras pérdidas. La ejecucion de esta cláusula me ha permitido dar el escrito de fin de proceso, para ser remitida á Tchen-tu y á Pekin.

Se ha alcanzado el objeto que me proponia: yo debia procurar, no tanto el castigo de los culpables como la seguridad de los misioneros y de nuestras obras. Cierto que han quedado impunes once asesinos, pero han tenido que emprender la fuga, y mientras no se atrevan á volver á Bathang haciendo alardes, esto basta: el pueblo sabe de hoy más que los lamas pueden muy bien prometerle proteccion, pero que cuando se trata de perjudicarnos, ellos mismos tienen que inclinarse ante la justicia. La ilusion no es ya posible. En 1874 nadie fué castigado por el incendio de nuestras casas, pagando la indemnizacion el Gobierno chino: los lamas y los jefes indigenas, aunque convencidos de haber ordenado aquellos incendios, no sufrieron ningun perjuicio. Esta vez al contrario, pagan la indemnizacion, y á algunos se ha aplicado la ley. El proceso se ha terminado, pues, de una manera más equitativa, y de modo que garantiza más y más nuestra seguridad.

Obtenidos estos resultados, el prefecto Lij-tchong-tsin, el coronel y los 150 soldados de escolta volvieron á Ta-tsien-lu. Una nueva carta del virey ordenaba á Ky-tche-Uen, mandarin de Bathang, que pacificase el país de los San-ngay y obtuviese la extradicion de los once asesinos á quienes protegian, reclutando para este objeto soldados tibetanos. Los lamas, á fin de disimular la vergüenza que les cubre, y tambien con el intento de obtener por el pillaje una compensacion á la suma que acaban de entregarnos, ofrecieron 1,000 lamas armados en pié de guerra, y además reunieron 2,000 hombres del pueblo, saliendo estos 3,000 guerreros improvisados para el país de los San-ngay. Estos, á la noticia de semejante alarde de fuerzas, cobardes como lo son generalmente los malvados, propusieron espontáneamente someterse á la Chi-

na y entregar los asesinos del Rdo. Brioux, á condicion de que se respete su país. Mas como el objetivo de los lamas y los otros tibetanos es especialmente el saqueo, el mandarin chino tendrá que intervenir entre esas diversas clases de bandidos.

A las últimas noticias Ky-tche-Uen, sin disparar un tiro, estaba á punto de obtener la sumision de los pueblos San-ngay y la extradicion de los asesinos, cuando por desdicha una contraórden del virey, llegada á Bathang el 19 de Abril último, mandó al mandarin licenciar las tropas, declarando que quedaban á su cargo los gastos de esta expedicion. Lleno de asombro y desaliento Ky-tche-Uen, acaba de enviar al virey una súplica conjurándole á que retire esta contraórden, pues está á punto de obtener un éxito completo, y su retirada en tales circunstancias seria una verdadera derrota para el Gobierno chino y un peligro para nosotros. Espero que el negocio se termine antes que el pueblo se entere de tan deplorable contradiccion.

Acaba de sobrevenir un cambio en Pekin. Domina de nuevo el partido antieuropeo. La conducta del virey se explica, pues, por nuevas órdenes recibidas, y si en este momento no hubiésemos obtenido justicia, creo que nada podríamos esperar.

## INDOSTAN.

*Carta del Rdo. Payraud, misionero de la Congregacion de San Francisco de Sales en Vizagapatam.*



QUISIERA daros algunos detalles acerca las estaciones que soy llamado á visitar. De Bobbili á Calingatam tenemos diez y siete capillas, tres de las cuales no son otra cosa que chozas con techo de paja. Cada una ha costado 700 pesetas. Nuestros pobrecitos cristianos, sentados sobre sus talones y casi amontonados unos sobre otros, invaden hasta el altar. La sacristía sirve de habitacion al misionero, y tiene de sesenta á ochenta piés cuadrados. Feliz aún cuando le es posible alojarse de un modo ú otro. Los ingenieros nos permiten habitar en los *bengalows* del Gobierno, pero cuando pasan el perceptor de los impuestos y el intendente de policia, lo que sucede frecuentemente, nos vemos obligados á cederles el puesto.

De nuestros 2,200 cristianos, por lo menos 1,400 ocupan el valle de Palcondah. Como pertenece al Gobierno inglés, los habitantes son allí más civilizados que en otros puntos; así es que poco á poco se desvanecen las prevenciones contra nuestra santa Religion. Cuando los paganos no encuentran doncellas en matrimonio, es muy frecuente que vengan á mí y me pidan una, prometiéndome convertirse: algunos de ellos saben las verdades de la fe y las oraciones mejor que ciertos cristianos. Movidos en breve por la gracia, y quizá por el hambre, centenares de indos se presentarán espontáneamente. En el presente año, sin ocuparme especialmente de los paganos, he tenido 120 bautismos. Otros muchos lo reclaman, pero yo no me apresuro, pues prefiero hacerles esperar. Bautizar es cosa pronto hecha; la grande dificultad consiste en conservar los neófitos y mantenerlos en el recto camino.

Los individuos de casta elevada vienen á todas horas á encontrar al misionero y hablar con él de religion. En-



tre ellos he visto algunos que adoraban al verdadero Dios, y eso con disposiciones admirables: no se atreven aún á causa de su casta á pedir el bautismo, ni aún secretamente; pero me reciben gustosos en sus casas, y hasta me invitarían á su mesa si yo quisiese aceptar. ¡Quiera Dios que se dejen tocar por la gracia! Cuando sobrevienen querellas de familia, recurren á mí y se atienen á mi arbitraje. En otro tiempo los jefes de castas continuamente entorpecían la acción bienhechora del misionero; mas hoy felizmente las cosas han cambiado mucho.

La mayor parte de nuestros cristianos son pobres. En mis excursiones veo algunos que apenas tienen ropa blanca. Cuando puedo les compro telas, y si á mi vez soy también harto pobre, corto mis viejas sotanas, cada uno toma un pedazo y se va contento. Mis pañuelos usados sirven para cubrir á los niños. Todos vienen á pedir medicinas al misionero ó á contarle sus dolencias. De vez en cuando el Señor se digna dar eficacia á los remedios que distribuimos.

En el valle de Palcondah los católicos son fervorosos, y paulatinamente se asemejarán á los tamules del Sur. Los jóvenes bautizados desde diez á quince años se portan mucho mejor que las personas mayores, y en eso hay que señalar un progreso visible. A veces tienen que sufrir terribles asaltos por parte de los paganos, aún de su misma parentela: agrúpanse entonces y se defienden, pero no abandonan la Religión. Cuando no pueden obtener luego la paz, amenazan á sus enemigos con el *Royapot Suami* (misionero); así es que los paganos me temen tanto ó más que los cristianos. Y ciertamente ¿no es preciso defender á los suyos á toda costa para el triunfo del nombre de Jesús?

En el territorio del Radja de los Bobbils las conversiones son difíciles, y aún los cristianos antiguos tienen no poco trabajo para mantenerse en la verdad.

En el mes de Mayo los paganos quisieron arrojar-me de aquí y hacer apostatar á los cristianos de la estación: acumularon sobre mí todas las injurias y amenazas. He procurado proceder con prudencia. Uno de los más exaltados ha sido puesto á buen recaudo por la policía, y los otros, atemorizados, se han sometido.

En el valle de Kineez por cada cien paganos que se presentan apenas pueden admitirse veinte ó treinta, pues la desmoralización es en ellos espantosa. Cásanse hasta siete veces viviendo aún la primera mujer. Cerca de los bosques los habitantes son casi salvajes y siempre crueles. El año último, cierto día á las dos de la madrugada dos ladrones se precipitaron sobre mí con largos cuchillos. Mis gritos, la presencia de los domésticos, y sobre todo la vista de un fusil les espantaron y emprendieron la fuga. En estas comarcas recibimos con frecuencia la visita del oso y del tigre, y se consigue alejarlos dando fuertes gritos ó asustándolos por otros medios.

Las residencias más perjudicadas por la fiebre son las del valle de Kineez: los europeos no pueden permanecer allí mucho tiempo, y los catequistas que no son originarios de Palcondah no suportan mejor el clima.

Cerca de esos bosques, si alguno se permitiese hablar, aunque fuese en público, á una mujer sin que estuviese presente su marido, á la primera ocasión este descuartizaría al imprudente. Los habitantes de las montañas,

llamados Savailluos, van siempre armados con cuchillos, siendo allí frecuentes los homicidios. Hasta los agentes de policía tienen miedo.

Hará cosa de veinte años se hacía con gran pompa cada dos años el sacrificio de dos niños. Los ingleses han logrado por la fuerza impedir, á lo menos públicamente, esas abominables matanzas; empero en una extensión de 130 millas en esos montes impenetrables, en que reina la fiebre, llenos de tigres y de salvajes casi tan feroces como ellos, el Gobierno está completamente desarmado, y no se le paga el impuesto.

He creído que estos detalles sobre nuestros trabajos podrían interesar vuestra caridad. Hay aquí mucho bien que hacer, pero faltan obreros evangélicos. Rogad al Señor que nos bendiga, á fin de que sean salvadas las almas por las que tanto sufrió en este mundo.

## MINDANAO.

*Carta del P. Juan Heras, de la Compañía de Jesús, al P. Francisco Sanchez.*

Butúan, 15 de Agosto de 1882.



Muy estimado en Cristo P. Sanchez: Tengo á la vista su muy grata del 10 de Mayo. Ya estarán para llegar á esa los nuevos misioneros, y servirá ésta para saludarles y darles por conducto de V. R. algunas noticias de esta Misión agusana, para la cual esperamos un gran refuerzo de gente decidida que nos ayude á ir adelante y á consolidar lo hecho hasta aquí.

Muy bien nos vendrán las limosnas de los colegios de España, de que me habla V. R. en su carta. Nuestros conquistas pasan ya de 11,000; unos recién venidos de los bosques, y así van casi desnudos del todo; muchos, como otros hijos pródigos, han vuelto á sus pueblos que habían abandonado, tan haraposos y macilentos como el del Evangelio; todos, en fin, con una pobreza extrema; y así podrá figurarse V. R. con qué ansias se esperan en estas Misiones las limosnas que nos envían en ropas y dinero las personas piadosas de Manila y de la Península.

Ya han vuelto casi todos los que se habían alzado; de nuevo están poblados los pueblos poco há desiertos, y reina la paz y alegría en donde no há mucho sólo se veían pueblos reducidos á ceniza ó abandonados. Desde que por inspiración divina pusimos bajo la protección de san José nuestra desolada Misión del Agúsan, empezaron á presentarse los fugitivos, y no sólo han vuelto los cristianos nuevos, sino que han venido acompañados de muchos infieles deseosos de establecerse en nuestras Reducciones y de recibir el santo Bautismo. Por esto han aumentado mucho en poco tiempo los nuevos cristianos, y en cada visita que hacemos á las Reducciones vamos bautizando muchos, ó presentados espontáneamente por sus padres, parientes y amigos, ó que se nos vienen á las manos como traídos por la Providencia. En prueba de lo que acabo de decir voy á copiar algunos párrafos de cartas de los misioneros.

El P. Canudas, con fecha 23 de Abril, desde la Paz me dice: «El viernes bauticé 23 niños de uno á seis años de edad. Ayer sábado por la tarde bauticé 55 adultos de siete años para arriba, la mayor parte *olitaos* ó



solteros, y *dalagas* ó solteras. Espero que Dios dará más todavía, pues en el padron de manobos aparecen 180 y quedarán otros ocultos. Mil gracias por la ropa: ya ve que no hay para nada: la caja, recibida ayer, me dió un alegron, pues no podía llegar en mejor coyuntura.»

Bautizó, pues, el P. Canudas en la visita del rio Arganan, en las dos Reducciones de la Paz y Sagunto, 190 infieles, y se confesaron casi todos los nuevos cristianos. Entre tanto trabajaba el P. Urios en Loreto en el rio Humáyan, y en tres semanas de continuo trabajo bautizó 218 infieles; se confesaron casi todos los *conquistas* cristianos nuevos, y ya pudieron comulgar muchos de ellos. Yo llegué á Loreto la víspera del Patrocinio de san José, y tuve el gusto de terminar aquella Mision, y de ver formado un grande y hermoso pueblo de mucho porvenir, por estar cerca de las fuentes del caudaloso Pulangui ó Rio Grande, que desemboca en Cottabatto.

De allí salimos el dia siguiente para el alto Agúsan, separándome luego del P. Urios para visitar de paso los pueblos de Bunáuan, Talacógon y demás hasta Butúan, á donde llegué con el P. Canudas la víspera de la llegada del reverendo Padre Superior, que venia de Balingasag para visitarnos.

El mismo P. Canudas en carta del 22 de Junio, fechada en Borbon en el rio Gibon, me dice: «El dia 5 por la tarde llegué á Novelé, en donde permanecí hasta el 19 por la mañana. Todos los dias hubo misa y plática doctrinal: se confesaron bastantes, dejé comulgar á varios, y se bautizaron 115. Ni una prenda de ropa he dado, porque no tenia. Ciertamente que para algunas personas hubiera sido convenientísimo darles vestido, sobre todo á los niños grandecitos que iban desnudos del todo. El 19 por la mañana despues de la misa salí de Novelé, dejando á los *conquistas* muy animados y contentos: el 20 al anochecer llegué á Ebro, donde dormí, dije misa el dia siguiente, eché una plática y salí en seguida para Borbon, á donde llegué á las diez de la mañana. Allí se resolvió definitivamente la reunion de las dos Reducciones, Ebro y Borbon, para formar un solo pueblo grande y hermoso en una península formada por el rio Gibon muy pintoresca, de muy buena tierra para todo género de plantaciones: corresponde la península de Borbon al extremo de la calzada que debe hacerse desde Talacógon á este punto, pudiendo pasar de un lugar á otro en cinco ó seis horas, cuando por el rio en baroto se emplean dos dias.»

En otra carta me dicen: «Borbon, 26.—Se ha trasladado la Reduccion de Ebro á este lugar de Borbon. Hoy por la mañana se han bautizado 64 infieles, entre ellos el gran dato ó señor de Ebro, llamado Laguindánam, con su mujer y seis hijos, de unos doce años el de mayor edad. Se le ha puesto por nombre Tomás: se le nombrará capitán de los de Ebro, pues es muy despejado y de buena voluntad: tiene muchos súbditos, manobos aún. Mañana empezaré las confesiones, y veremos si habrá aún algunos bautizados más. He pedido ropa á Talacógon, creyendo estaba allí V. R., pero me escribe de Bunáuan el P. Terricabras que los géneros que V. R. ha traído de Surigao están aún en Butúan. Siquiera hubiese para los niños y niñas de las escuelas; pero ni un palmo he podido dar. A un pobre esclavito que llevo conmigo para devolverlo á sus padres, lo he bautizado hoy; tiene

doce años; le he vestido con la ropa de unos pantalones míos, por no tener otra cosa. El 30 pienso salir de Borbon para las Navas, y el 7 ú 8 de Julio probablemente estaré de vuelta á Talacógon.»

De Talacógon, con fecha 12 de Julio, me dice el Padre Canudas: «Ayer, á las diez de la noche, llegué á ésta procedente del rio Gibon. El viaje sin novedad. Total de bautizados en Gibon, 270. Se ha hecho el cumplimiento pascual en cada pueblo, siendo ésta la primera vez que se han confesado aquellos *conquistas* ó nuevos cristianos, y han cumplido el precepto pascual casi todos.»

El P. Plana, con fecha 17 de Junio, escribe: «Los dos pueblos de Mamánuas siguen muy bien. El otro dia habia unos 200 reunidos en el lugar que han escogido para pueblo en la bocana del rio Siga. Espero que la semana siguiente reuniré unos 40 casados del rio Máyag para formar una Reduccion en Tagbuyánan, que dista poco del mar, segun me contó V. R. cuando por Diciembre volvió de Surigao y pasó del mar á la laguna de Mainit.» Con fecha 21 del mismo mes me dice: «Ayer se me presentaron muchos mamánuas del rio Máyag, prometiéndome hacer pueblo en Tagbuyáuan: los otros dos pueblos siguen muy bien y muy sumisos á la voz del Padre misionero. Dignese V. R. enviarme ropas ó regalitos para estos mamánuas, á fin de que sea más fácil su reduccion. Si no fuese por los malos consejos de algunos cristianos viejos, serian más obedientes.»

Desde Tolosa, con fecha 7 de Julio (1882) dice el mismo P. Plana: «Ayer por la tarde llegué sin novedad á ésta, y ví que los *conquistas* habian trabajado más en estas tres últimas semanas que en todo el año último, puesto que hay ya muchas casas nuevas concluidas. Hoy ha sido dia de alegría, porque son 40 los que he bautizado: ya estaban preparados por sus padrinos, quienes les han dado un vestido nuevo á cada uno. Aún quedan algunos que, despues de haber oido la instruccion y asistido á las ceremonias del santo Bautismo, han dado á conocer que el Espíritu Santo les habia tocado el corazon, y así es de esperar que cuando vaya un Padre á Tolosa, habrá gente para bautizar. El P. Urios, despues de tres semanas de continuo trabajo en confesar, predicar y arreglar asuntos del alto Agúsan, bautizó en Játiva muchos infieles, terminando aquella Mision el 13 de Mayo, dia en que llegó á dicho pueblo el reverendo Padre superior acompañado del P. Tramuta y del P. Heras. Habia preparado el P. Urios una solemne recepcion al reverendo Padre Superior, con bonitos arcos triunfales, en que se ostentaban las bonitas telas venidas de Barcelona: parecia Játiva un pueblo ya civilizado, y á la verdad será uno de los mejores del alto Agúsan por la posicion que ocupa.»

Finalmente, con fecha 6 de Agosto, me escribe el Padre Canudas desde Talacógon: «Subiendo de Butúan me detuve dos dias en las Nieves; bauticé 32 niños; el viernes dije misa en la Esperanza (la primera despues del alzamiento) y bauticé 6 niños; hice una lista de los que se presentaban para bautizarse, y los dejé para otra ocasion, pues no habia tiempo para instruirlos bien. Ayer al amanecer llegué á Gángux ó Nueva-Guadalupe: aquello va creciendo; ya piden permiso para hacer una iglesia: yo les he dicho que no habrá inconveniente, con tal que se reunan muchos. Acaba de llegar un despacho



de los PP. Urios y Terricabras, que están en lo más alto del Agúsan; han terminado ya el cumplimiento pascual en Moncayo y en Gandía: parece que en Moncayo se han bautizado unos 40 y en Gandía unos 200. Para primeros de Agosto debían salir de Gandía para el río Batuto, donde piensan formar una nueva Reduccion con el dato Tumandoc y sus sácopes. En el Camalic ó Camarin del nuevo pueblo se esperarán hasta la vuelta del despacho y provision. Desde Batuto piensan salir para el río Hijo, como lo hicieron los primeros exploradores que vuestra reverencia conoce muy bien. En el río Hijo creen encontrar al P. Bové y tal vez al P. Pastells: de allí pasarán al río Sálug y se volverán al Agúsan, en donde les quedarán todavía por visitar los pueblos de Gracia, Patrocinio y Vezuela, pasando en seguida á Trento y Tudela. Yo pienso salir de aquí despues de la fiesta de la Asuncion, y visitaré las Reducciones de la Paz, Sagunto y Loreto, llegando el 28, día de san Agustín, á Novele: celebraremos la fiesta mayor, y luego visitaré á Borbon y las Navas, volviendo á Talacógon para la fiesta de la Natividad de Nuestra Señora. Quedándose entonces V. R. en Talacógon para levantar la nueva iglesia, yo podré visitar los pueblos del bajo Agúsan.

Ya ve V. R., P. Sanchez, cómo estamos en continuo movimiento, sin parar nunca. Para terminar esta carta, ya demasiado larga, voy á contarle una de mis muchas aventuras, por la que verá que se verifica en los misioneros con frecuencia aquello de que «el hombre propone y Dios dispone.» Concertámos la víspera de Santiago con el P. Canudas el plan de visitar los pueblos de la playa, Túba, Tolosa y Nacipit. Yo debía salir la víspera de Santiago para Tolosa, decir misa á aquellos *conquistas* el día del Patron de España, y celebrar el día siguiente en Túbay la fiesta de Santa Ana, su Patrona. El P. Canudas debía salir de Butúan el mismo día de santa Ana para Tortosa, que está á la parte opuesta de Tolosa, en el seno de Butúan: yo, haciendo la travesía del seno, debía ir á ayudarle á terminar las confesiones para volver juntos á Butúan la víspera de san Ignacio. Esto propusieron los hombres. Salí, pues, de Butúan á las diez de la noche, y con viento en popa nos hicimos á la vela y en poco tiempo llegámos cerca de Tolosa: cerróse el tiempo; sobrevino el Sudoeste, llamado Fabagat, que nos era contrario: no pudiendo entrar en el río de Tolosa, por no verse la bocana y ser grande el oleaje, nos aguantamos en alta mar en nuestro bote, como si fuese una gran embarcacion. Dos horas y media nos aguantámos á la capa: por fin se hizo de día, y entonces vimos ser de todo punto imposible entrar en Tolosa, por sernos contrario el viento y grande la marejada en la bocana del río. Determinámos volver á la barra de Butúan: cambiaba el viento, y entonces determinámos pasar á Tortosa, que está en la parte Sudoeste. Ya casi en medio del seno, calmó el viento, pero en seguida volvió á soplar el Fabagat, contrario á nuestro rumbo. Empezaron á temer los grumetes y pasajeros.

—¿A dónde iremos, Padre, me preguntó Santiago el timonel; á la barra de Butúan?

—¿Se puede?

—Sí, Padre.

A las diez de la mañana fondeábamos en la isleta que forman los dos brazos del río: doce horas mortales ha-

bíamos pasado siendo juguete de las olas, metidos en un bote que, aunque pequeño, se acreditó de buen salvavidas. ¡Oh, Providencia de Dios! aquella misma noche habian fondeado en la misma isleta cuatro pancos boholanos. Dije misa el día de Santiago, casi en el mismo lugar donde se dijo la primera misa al desembarcar los españoles por primera vez en Filipinas. La oyeron algunos cien boholanos, que tal vez de mucho tiempo no la habian oido.

Como á las doce del día nos embarcámos de nuevo y entrámos en un canal que iba á salir á una legua de Tolosa: allí dejámos el bote, y á pié fuimos andando hasta Tolosa. A las cinco de la tarde, á pié tambien, nos dirigimos á Túbay, á donde llegámos á las seis y media de la tarde. Despues de tantas peripecias, un jarro de agua encima. Encontré tan fria la gente, que preguntándoles qué pasaba:

—Padre, me dijo un capitán pasado, no tenemos ni músicos, ni pólvora, ni hay nada preparado para hacer la fiesta.

—¿No recibisteis la carta en que os avisaba que vendría para el mismo día de santa Ana?

—Sí, Padre.

—¿Pues cuál es la causa de no estar preparados?

Se callaron todos. El día siguiente se repicó; se tocaron muy á tiempo los toques de costumbre para la misa mayor, pero no se presentaba nadie. Dije la misa á las ocho, pero sólo asistieron los niños y niñas de las escuelas y algunos principales.

Terminada la misa, vinieron al convento el capitán y algunos principales: ya no pudieron contenerse, al decirles yo que extrañaba mucho su conducta: empezaron á desembuchar contra los de Tolosa, diciendo que con dañada intencion habian detenido la carta del Padre, en que les avisaba que iría á celebrar la fiesta: la habian recibido sólo tres días antes. Llamé á los de Tolosa, y me dijeron haberla recibido el jueves por la noche, y que la habian remitido á Túbay el viernes muy de mañana. Se habia, pues, detenido la carta en otra parte, tardando ocho días en recorrer seis leguas. Les dije entonces que no teniendo culpa los de Túbay ni los de Tolosa, se celebraría la fiesta otro día, que será el día de san Joaquin, esposo de santa Ana.

Como la mar seguia muy brava, creyendo imposible que el P. Canudas pudiese ir á Tolosa, le escribí una cartita diciéndole que no fué, que yo subiría á Jabonga para visitar al P. Plana y las obras de la iglesia. Salí, pues, el mismo día de santa Ana para Jabonga: allí fueron recompensados en parte mis trabajos, pues tuve el gusto de ver reunidos los capitanes y principales de los dos nuevos pueblos de mamánuas, que habian ido á Jabonga para asistir á las regatas que se hacian en la laguna, llevando en procesion á la gloriosa santa Ana, en una especie de trono que hacian correr sobre las aguas. La fiesta, pues, de Túbay se habia trasladado á Jabonga. Al ver aquellos mamánuas tan negritos, tan vivos y simpáticos, me recordaron las excursiones que con el Padre Mazuri habíamos hecho en la isla de Cuba catequizando á los negros de los grandes ingenios de azúcar. Son estos mamánuas tan parecidos á algunas razas del Africa que no parece sino que éstos proceden de aquellos. El temor que antes les habíamos inspirado por malos con-



sejos de algunos muy interesados en retraerlos de nosotros, se ha convertido en tan gran confianza que todo el día están en el convento y nos cuentan las muchas patrañas y mentiras que á ellos les contaban.

Visité una de sus Reducciones, donde me ví rodeado de negritos, desnuditos por supuesto, pues hasta ahora han vivido siempre errantes. Volví á Túbay; me propusieron los principales reunir en un punto dado los muchos mamánuas del río Minudúan; quedámos en que se presentarían el día de la fiesta mayor y se resolvería el caso. Cuando estaba para marchar me entregaron una carta del P. Pamies, en que me decía que el P. Canudas había salido para Tortosa, pues mi carta había llegado dos días después de santa Ana. Salí en seguida para ver si podíamos pasar el seno: el viento era favorable; pronto llegámos á Tolosa, pero allí se cambió el viento, y otra vez fué forzoso detenernos. Dije misa el día siguiente, que era domingo y víspera de san Ignacio. Me despedí de los *conquistas* de Tolosa tempranito, y resolví emprender por tercera vez la travesía para Tortosa, seguro de que me esperaría aún el P. Canudas.

El viento, que nos era contrario para ir á Butúan, nos favorecía para ir á Tortosa: nos hicimos, pues, á la vela como á las nueve y media de la mañana: el P. Canudas no se cansaba de mirar desde la playa opuesta para ver si se divisaban las blancas velas de nuestro bote; nosotros no apartábamos la vista del cogonal (especie de pradera) de Tolosa: ya veíamos la iglesita y las casas; pero el viento nos hizo cambiar de rumbo, y á la una de la tarde desembarcámos en Nacipit, dos leguas más arriba de Tolosa. Pregunté en seguida por el P. Canudas, y me dijeron que á las nueve y media se habían embarcado para Butúan, después de haberme esperado mucho tiempo; que casi toda la gente de Nacipit había ido á Tortosa para la fiesta de los *conquistas*. Volvíme á embarcar después de comer, y una brisa agradable nos acompañó casi hasta la tan deseada Tortosa, á donde llegué á tiempo para echar después del Rosario una plática á aquellos nuevos cristianos, que tan contentos estaban de haberse confesado.

Dejé dormir á mis grumetes hasta las doce de la noche. Hacía una hermosa luna, pues estaba en su plenilunio: el viento terral nos favorecía, y así á las cinco y media de la mañana llegué á Butúan para celebrar la fiesta de san Ignacio. ¡Cuántas peripecias pasa con frecuencia el misionero, sobre todo si por las costas del mar viaja! Basta, Padre mio; muchas más cosas podría contarle, que para no molestar dejaremos para otra carta. No se espanten los recién venidos al oír semejantes relatos, pues esto que de lejos causa miedo, con la gracia de Dios se hace llevadero y hasta suave, si uno se entrega totalmente en manos de la divina Providencia. Salude vuestra reverencia en mi nombre á todos esos mis queridos Padres y Hermanos en cuyos santos Sacrificios y oraciones todos los de esta Mision nos encomendamos.

## CRÓNICA.

Roma. — En su sesión de 21 de Agosto la sagrada Congregación de Propaganda ha dividido la Mision de Ho-nan (China) en dos vicariatos apostólicos. El Ho-nan septen-

trional ha sido confiado al Ilmo. Volonteri, de las Misiones extranjeras de Milan, anteriormente vicario apostólico de todo el Ho-nan; la parte meridional de éste se ha dado al Ilmo. Estéban Scarella, de la misma Sociedad.

— Nos escriben de Roma:

«El 8 de Setiembre, fiesta de la Natividad de la santísima Virgen, S. E. el cardenal Hassun celebró las bodas de oro de su sacerdocio. En tal día cumplieron cincuenta años que ofreció por primera vez el santo Sacrificio en la ciudad pontificia, después de haber sido formado en la virtud y las ciencias sagradas en el colegio de la Propaganda. Con ocasión de semejante jubileo los discípulos de este colegio, á la sazón de veraneo cerca de Frascati, enviaron por telégrafo el homenaje de su admiración y reconocimiento, de su gozo filial y de sus felicitaciones *ad multos annos* al ilustre Príncipe de la Iglesia.

«Hace algunos años se podía suponer que el Ilmo. Hassun celebraría sus bodas espirituales en la Sede patriarcal de Cilicia; pero nuevos lazos vinieron á imponérsele el día en que Su Santidad Leon XIII le creó cardenal. El eminente Prelado continúa consagrando su celo y su experiencia á los grandes intereses de las almas en el patriarcado armenio, y en general en todos los países del Oriente donde las vicisitudes humanas preparan el camino á los designios de la Providencia.

«El cardenal Hassun nació en Constantinopla el 16 de Junio de 1800, y cuenta cincuenta años de sacerdocio, cuatro de dignidad archiepiscopal (cuando fué delegado como coadjutor del primado de Constantinopla), veinte y uno de dignidad primacial, trece de patriarcado y dos de cardenato. ¡Quiera Dios que el venerable Pontífice continúe aún mucho tiempo brillando por sus virtudes en el Senado de la santa Iglesia!

— Desde Roma escriben al *Tablet* que el Rdo. Eugenio Coupat, de las Misiones extranjeras de París, misionero del Su-tchuen occidental, ha sido nombrado vicario apostólico del Su-tchuen oriental en reemplazo del Ilmo. Desfleches, que permanecerá en Roma, recibiendo un título archiepiscopal. El Rdo. Coupat, oriundo de la diócesis de Clermont, hace quince años que es misionero de la China.

— En el consistorio del 18 de Setiembre último Su Santidad Leon XIII proveyó de titulares á cierto número de iglesias. Entre los nombramientos tomamos los siguientes, que interesan á las Misiones:

Para la iglesia de Peterborough, en el Canadá, erigida recientemente en catedral por Su Santidad, al Ilmo. Juan Francisco Jamot, trasladado de Sarpenta en Palestina.

Para la iglesia catedral de Auckland, en la Nueva-Zelandia, al Rdo. P. dom Edmundo Luck, de la Congregación benedictina de la Primera Observancia.

Para las iglesias catedrales unidas de Hexham y Newcastle, en Inglaterra, al Rdo. Juan Guillermo Bevic, canónigo y vicario capitular de las mismas diócesis.

Para la iglesia titular episcopal de Cythere, al reverendo P. Narciso Ceferino Lorrain, vicario general de Montreal, elegido vicario apostólico de Pontiac en el Canadá.

Para la iglesia titular episcopal de Gracianópolis, al reverendo María Lorenzo Francisco Cordier, deputado como vicario apostólico del Cambodge.

Para la iglesia titular episcopal de Carpasí, al Rdo. Estéban Scarella, elegido como vicario apostólico del Ho-nan meridional.

Para la iglesia titular episcopal de Cidonia, al Rdo. P. Sinforiano de Sombernon, capuchino, nombrado vicario apostólico de las islas Seychelles.

Para la iglesia titular episcopal de Hypsopolitania, al Rdo. P. Fr. Wenceslao Oñate, de la Orden de Padres Predicadores, elegido coadjutor con futura sucesión del ilus-



trísimo Manuel Riaño, vicario apostólico del Tong-King central.

Para la iglesia titular episcopal de Tagaste, al Rdo. Eugenio Coupat, elegido como coadjutor con futura sucesión del Ilmo. José Eugenio Desfleches, vicario apostólico del Su-tchuen oriental.

Para la iglesia titular episcopal de Termópolis, al reverendo Antonio Joaquín de Medeiros, de la archidiócesis de Braga, vicario general y superior de la Misión de Timor, deputado como auxiliar del Ilmo. Antonio Sebastian Valente, arzobispo primado de Goa.

**Italia.**— Grande es el gozo en la familia Franciscana. La Iglesia ha celebrado recientemente el centenario del nacimiento de san Francisco; Italia ha aclamado al glorioso pobre de la Umbría, y Asís ha levantado una estatua al más ilustre de sus hijos.

El 26 de Setiembre de 1882 hizo setecientos años que la Providencia dió al mundo el admirable Patriarca. Sus hijos, esparcidos en todos los países, continúan consagrándose á la evangelización de las almas bajo las libreas de la penitencia y de la pobreza. Sus hijas espirituales, Franciscanas, Clarisas, etc., embalsaman el claustro con el perfume de sus virtudes. Desde su primera formación, los Frailes Menores, siguiendo las huellas de su Fundador, han emprendido, al mismo tiempo que la reforma de los pueblos cristianos, la ruda tarea de anunciar la verdad á las naciones infieles. Hoy día los miembros de las tres grandes ramas de la Orden Seráfica, Observantes, Conventuales y Capuchinos, se cuentan por millares en las Misiones extranjeras.

Los Observantes tienen residencias en Inglaterra, Holanda, Rusia y Turquía. En la China están encargados de la Evangelización de cinco provincias inmensas. De muchos siglos á esta parte tienen encomendada la custodia de los Santos Lugares. Egipto, Trípoli y Marruecos en Africa les pertenece. En América están establecidos en los Estados Unidos, en Méjico, en la mayor parte de los Estados del Sur y hasta en el Brasil, entre los pueblos salvajes ribereños del gran río de las Amazonas. En Oceanía las islas Filipinas poseen 280 religiosos de dicha Regla.

Los Conventuales se encuentran especialmente en Constantinopla y en el Archipiélago.

A los Capuchinos les han tocado las Misiones de Sofía y del mar Negro. En la India ocupan los tres grandes vicariatos apostólicos del Punjab, de Patna y de Agra. La Santa Sede les ha confiado la prefectura de Aden, en Arabia; el país de los Gallas, en Africa, y las islas Seychelles, en el mar de las Indias. Estos valientes Religiosos se ocupan asimismo como auxiliares en varias diócesis de la América meridional.

**Francia.**— Los Padres de la Congregación del Espíritu Santo y Sagrado Corazón de María procedieron el 26 de Agosto á la elección de un nuevo superior general en reemplazo del Rmo. P. Federico Levasseur y á quien les arrebató la muerte á los pocos meses de su nombramiento.

Los sufragios unánimes de los miembros del Capítulo se reunieron, desde el primer turno del escrutinio, en la persona del Rmo. P. Emonet, y esta elección ha sido ratificada por Su Santidad. Este Padre fué ya nombrado asistente de su venerable predecesor.

Formado en la escuela del venerable P. Libermann, sucesivamente superior provincial de los establecimientos del Instituto en las Antillas y prefecto apostólico de la Guyana francesa, era naturalmente designado por la Providencia á la elección que se ha hecho de él para dirigir la Congregación, sus Misiones y sus obras.

El Rdo. P. Baviilec, ya secretario general, ha sido elegido para asistente del P. Emonet.

**Inglaterra.**— La Iglesia anglicana acaba de perder al más ilustre de sus *clergymen*. El Dr. Pusey, cuyo nombre durante medio siglo ha ido mezclado á las más graves cuestiones teológicas de la Gran-Bretaña, murió en Ascott el 16 de Setiembre último. El *Times* consagra al difunto un importante artículo. «Desde hace veinte años, dice, el reverendo Pusey era el miembro más popular de la Iglesia de Inglaterra. No era obispo, pero tenía infinitamente más autoridad. Cuando se presentaba en una reunión, al instante todos los asistentes se levantaban como en presencia de un patriarca. Pero al mismo tiempo, añade aquel periódico, pocos hombres fueron blanco de ataques tan apasionados: si la mitad de los ministros anglicanos le veneraban como un santo, la otra mitad, preciso es confesarlo, no encontraba injurias bastante fuertes para arrojárseles al rostro.»

El atrevimiento de miras y la independencia de carácter del sabio controversista justificaba este entusiasmo y explicaba este odio. Él tuvo la gloria de dar su nombre á la brillante evolución que desde el año 1833 se produce en el seno del episcopado inglés, acercó á la comunión romana una considerable fracción del clero anglicano, y dió á la jerarquía católica los Manning y los Newman, para no citar sino los dos más célebres. Menos lógico, ó quizá menos animoso, el Dr. Pusey no realizó las esperanzas que en él fundaron los católicos: á pesar de que vió su viejo buque sin gobernalle y privado de piloto, persistió en permanecer á bordo. Aun mucho tiempo después que el ritualismo hubo suplantado la escuela de los tractarianos y que el puseísmo fué relegado á la categoría de las antiguallas, el venerable profesor continuó en Oxford el curso pacífico de sus estudios, siguiendo la vía antes tan frecuentada, y solitaria ahora que se había trazado, enviando al *Times* de vez en cuando alguna carta acerca cuestiones dogmáticas ó litúrgicas. Recordemos en honor suyo que fué suspendido de sus funciones por un sermón acerca la Presencia real, y se le tuvo mucho tiempo alejado de su cátedra de *Christ-Church*, que ocupó cincuenta y cuatro años.

**Angora (Asia Menor).**— Desde aquella ciudad nos escribe el Rdo. Pola:

«En mis cartas precedentes os di noticia del terrible azote de la langosta que durante tres años consecutivos sumió en la consternación á los pueblos de Galacia. Hoy aquellos insectos han desaparecido completamente. Convencidos de la eficacia de la oración pública, á la entrada del invierno se reunieron sacerdotes, laicos, mujeres y niños en la catedral dedicada á la santísima Virgen, para implorar la intercesión de Aquella que podía decir á su Hijo: «No tienen pan.» A la conclusión de la novena organizamos una procesión al estilo oriental (1) y nos consagramos solemnemente á la Madre de Dios.

Una semana después de esta ceremonia, de todas las dependencias de Vilayet y otras ciudades circunvecinas llegaron en un mismo día despachos anunciando al gobernador la desaparición instantánea y completa de la langosta. Católicos, cismáticos, judíos y musulmanes reconocieron la intervención inmediata de Dios, y exclamaron: *Digitus Dei est hic*. Algunos afectaron atribuir esta desaparición á la acción de los estorninos; pero estos pájaros durante tres años habían volado inofensivamente sobre las langostas. Además, ¿cómo hubieran obrado en igual día, á la misma hora, en todos los campos devastados, cuya longitud pasa de cien leguas?

Libre de las persecuciones y vejaciones de los neo-cismáticos, nuestro patriarcado se ocupa activamente de las

(1) La procesión oriental consiste en formar en la nave de la iglesia un círculo compuesto de sacerdotes, cantores y monaguillos, y dar la vuelta de la circunferencia cantando himnos compuestos al efecto, y deteniéndose en los cuatro puntos cardinales.



Misiones del Asia Menor. El Rdo. Gimgim, antiguo discípulo del colegio de la Propaganda de Roma, ha partido de Angora para dirigirse á Nevschehr, grande ciudad al Oeste de Cesarea, en donde más de cien familias cismáticas prometen convertirse al Catolicismo.

**Mangalore (Indostan).** — El Rdo. P. Godet, de la Compañía de Jesús, escribe desde aquella ciudad:

«Este año la fiesta de san José ha tenido para nuestros cristianos un particular encanto y brillantez excepcional. Las Carmelitas, establecidas en la Mision hace ya once años, tomaron solemnemente posesion del nuevo convento que, merced á la munificencia del Sr. de Nedonchel, se les ha edificado en una de las colinas de la ciudad. Gran número de católicos aguardaban desde muy temprano en los alrededores del monasterio la hora de la ceremonia. No les llevaba solamente la curiosidad, sino que en tal día querian dar con su presencia y piedad un público testimonio de su simpatía y admiracion hácia esas buenas Religiosas, venidas de tan lejos para orar y sufrir en medio de ellos. Algunos grupos de paganos miraban con asombro un espectáculo tan nuevo para ellos.

«A las siete el P. Pagani, provicario, empezó la ceremonia de la bendicion de la iglesia. Nada se habia omitido para dar realce á la fiesta. Todos los discípulos del colegio estaban presentes, y los músicos cantaron la bella misa de Mercadante. Al Evangelio el reverendo Padre Superior pronunció en inglés un discurso apropiado á las circunstancias, y á la Comunión los discípulos y casi todos los fieles presentes se acercaron á la sagrada Mesa. Hasta las diez y media no quedó todo terminado, lo que era algo fuerte, sobre todo para nuestros jovencitos en ayunas. Las excelentes Religiosas lo habian previsto, y vimos que tenian dispuesto el desayuno para los doscientos discípulos.

«Todo el día las Hermanas torneras estuvieron ocupadas en recibir á los visitantes que, aprovechándose del permiso, deseaban visitar el convento. Sólo hasta la noche las Carmelitas recobraron su calma habitual y pudieron gozar en quietud de su nueva soledad. Durante dos días se dió libre entrada al público, y una numerosa multitud de toda religion y de toda casta habia circulado incesantemente en el monasterio.

«La iglesia del nuevo convento no carece de belleza y elegancia. Cuando esté adornada con altares é imágenes será una de las glorias del país. Su posicion es magnífica; por todos lados se ofrece á la vista el más bello panorama. Al frente, por la parte de Oriente, hay un semicírculo de colinas, cuyos ecos repiten el són aquí enteramente nuevo de las campanas; en la misma línea, á lo lejos, los altos montes de los Ghattas: por la parte opuesta, formando el círculo, el gran rio de Mangalore y el mar en una extension de muchas leguas. Al pié del monasterio, entre el oceano de las Indias y la colina del Sagrado Corazon, la ciudad cristiana de Mangalore se oculta entre verdes bosquecillos de palmeras y cocoteros que dan sombra á las habitaciones. Los bazares con su ruido, la ciudad musulmana con sus repugnantes fisonomías físicas y morales, están más lejos y no pueden turbar el recogimiento de las Religiosas.

«Era ya tiempo de que esas buenas Hermanas abandonasen el miserable recinto, estrecho y oscuro, en que vivian como enterradas desde su llegada, pues su salud menguaba, y lo exiguo del local no les permitia llenar convenientemente todos los ejercicios de sus santas observancias. Apenas es creible que en este país del sol pudiesen vivir hasta ocho en un mismo aposento. Esteras pendientes de las vigas servian de tabiques y formaban la celda de cada una. El Padre Provicario, con el concurso activo é inteligente del P. Mutti, procurador de la Mision, nada omitió á fin de procurarles un albergue más sano y digno. Muchas

dificultades encontró este proyecto y estuvieron á punto de hacer inútiles todos los esfuerzos y sacrificios, llegando hasta los operarios á cesar en sus trabajos repentinamente, reclamando un aumento de sueldo considerable. Empero con la confianza en Dios todo se ha llevado á feliz término. Al presente en el centro mismo del vicariato se eleva un vasto y hermoso monasterio capaz para veinte y dos religiosas. En la actualidad son quince: seis francesas, una criolla de la isla Mauricio y una inglesa; las restantes son de Mangalore, con más tres Hermanas mandaderas. La antigua casa ha sido cedida á las Terciarias fuera de clausura, que la aprovecharán para ensanchar sus escuelas y su conventito.

«Terminaré con algunas palabras acerca estotra Congregacion. La Mision posee tres casas de la Tercera Orden del Carmelo; la más considerable en Mangalore, la segunda en Cannanore y la tercera en Calicut. Todas las Religiosas terciarias son indígenas, excepto su superiora general, que es francesa. Se consagran á la enseñanza: quince de ellas se han sujetado con feliz éxito á los exámenes públicos. Aunque los grados académicos no sean necesarios para enseñar, son muy ventajosos, pues el Gobierno asigna á las maestras con diploma una subvencion anual, lo que es un gran recurso para nuestras escuelas. El establecimiento de estas Hermanas en Mangalore es obra del Ilmo. María Efren, que ha querido proveer así á la instruccion y buena educacion de las jovencitas de la Mision.»

**Estados-Unidos.** — El *Sentinel* de Oregon anuncia que el Ilmo. Brondel, obispo de Vancouver, va á levantar una catedral en su Sede episcopal. Esta construccion, que costará de 200,000 á 250,000 pesetas, se ha hecho necesaria á causa del rápido acrecentamiento de la poblacion católica en Victoria. La catedral de San Andrés es ahora de todo punto insuficiente, y el Obispo ha tenido que acceder á las justas reclamaciones de los habitantes, que le suplicaban construyese en un barrio central otra iglesia.

— En el *Catholic Review* del 2 de Setiembre leemos lo que sigue:

«... Cuando examinamos las sumas que envian las ricas diócesis de América á la *Obra de la Propagacion de la fe*, nos vemos humillados, por no decir otra cosa. Por ejemplo, la grande archidiócesis de Chicago está inscrita por la magnífica ofrenda de 27 francos 20 céntimos. ¿Es concebible? Menos de seis duros. Seguramente, cualquiera diria que ha de haber aquí algun error. El celo de los sacerdotes y del pueblo de Chicago es de esperar que no está enteramente muerto. Cuando vemos que la diócesis de Fort-Wayne remite á la *Alma Mater* de las Misiones católicas 7,683 pesetas; San Pablo, 7,312; Little Rock, 3,600; San Luis, 2,200, y aún la humilde y pobrecita diócesis de Marquette, 3,293 pesetas, uno no puede menos de preguntarse qué sucede en Chicago. Hubo un tiempo en que esta diócesis recibia anualmente de la Sociedad generosos recursos; y ahora que ha sido borrada de la lista de las subvenciones, no puede menos de extrañar que figure en su crédito tan miserable cifra en la cuenta y razon del año último.

«Ahora que se ha llamado la atencion acerca este punto, concluye el corresponsal del *Catholic Review*, es de esperar que el clero y el pueblo de Chicago tomarán á pechos reparar y harán olvidar su lamentable indiferencia.»

— El monasterio benedictino de San Vicente, en Pensilvania, muy modesto en sus principios, se presenta en la actualidad bajo la forma de un edificio inmenso de 400 piés de largo por 160 de ancho. Domina la pequeña ciudad de Latrobe, y cubre con sus praderas, sus campos de trigo, sus granjas y sus bosques uno de los más deliciosos valles de la Pensilvania occidental. Esta magnífica fundacion, debida al



genio perseverante del Rdo. P. Bonifacio Wimmer, le honra sobremanera.

Los monjes, en número de 220, ejercen allí todos los oficios: los más instruidos son profesores del floreciente colegio. La abadía de San Vicente es considerada como la cuna y el Monte-Casino americano de su Instituto.

— Nuestro grabado de la pág. 485 representa una vista de Subiaco, primera residencia monástica de san Benito. Un grupo de *pifferari* ó gaiteros del país tributan á una capilla cuya el culto popular con que en Italia se suele honrar á las sagradas Imágenes de las calles. En el fondo hay la torre bizantina del monasterio.

**Oceania central.**—El P. Armando Olier, que partió para la Oceania con el Ilmo. Lamaze en 1880, ha reemplazado á su Obispo en la estacion de Nuestra Señora de Maofaga, en Tonga (Oceania central). Las relaciones de este jóven y celoso misionero con el hijo del anciano Jorge, rey de Tonga, son muy amistosas y parece serán origen de un cambio en las ideas del príncipe vesleyano. Léase la siguiente carta que escribió este religioso el 20 de Mayo último:

«Hemos celebrado este año una magnífica procesion del Corpus. Pedí al Gobierno cañones y todos los soldados del distrito, y me fué concedido con la más buena voluntad. La víspera trajeron á mi casa los dos cañones del rey, y los soldados del distrito llegaron al mismo tiempo para prepararse bajo mi direccion á llenar cumplidamente sus funciones: todo el día hicieron el ejercicio, y en el siguiente todo fué admirablemente. La isla retemblaba á las descargas de artillería, y en cada uno de los cuatro altarcitos de descanso, vistosamente adornados por las excelentes Religiosas, los soldados de la escolta contestaban á la voz del cañon con disparos de fusil, y hacian con soltura todas las evoluciones que yo les habia indicado. De seis á setecientas personas, vestidas de fiesta, formaban el cortejo, bajo la direccion de los jefes con oriflamas flotando á merced del viento. El clero iba precedido de cuatro tambores y escoltado por valientes soldados. El Ilmo. Lamaze llevaba el santísimo Sacramento, y estaba asombrado de la piedad, recogimiento y entusiasmo de la poblacion, que rendia homenaje al Dios de la Eucaristía.»

**Micronesia y Melanesia.**—Leemos en uno de los últimos números de los *Annales de Notre-Dame du Sacré-Cœur*: «El mes pasado anunciámos que los apóstoles de la Melanesia se habian embarcado en Singapore para dirigirse á su Mision. Un telegrama que acabamos de recibir nos co-

munica que han abordado en Cooktown despues de una feliz travesía. Encuéntranse, pues, frente de las costas de Nueva-Guinea, y sólo les faltan quince dias de navegacion. Dentro pocas semanas estarán entre sus queridos salvajes.

«Una carta que acabamos de recibir de aquellas comarcas bárbaras y remotas nos da la seguridad de que la miés está en sazón, y que los indígenas de la isla Birara (Nueva-Bretaña) están dispuestos á recibir el beneficio de la fe. «Si los obreros fuesen en número suficiente, se añade, la «Nueva-Guinea, á pesar de la ferocidad de sus habitantes, «no tardaria en ser evangelizada en sus partes más accesibles.»

**Australia.**—Los periódicos de Sydney anuncian la consagracion del Ilmo. Roberto Dunn, antiguo discípulo del colegio pontificio irlandés de Roma, nombrado obispo de Brisbane el 3 de Enero de 1882.

## EL ARIZONA (1).

ESTADOS-UNIDOS.

I.

**E**L vicariato apostólico de Arizona, que fué erigido el día 2 de Setiembre de 1868, comprende todo el territorio de este nombre, la parte del Nuevo-Méjico conocida por Mesilla-Valley, con los condados de Grant y de Doña Ana, y el condado del Paso en el Estado de Tejas.

1. *Geografía.*—El territorio de Arizona, que en otro tiempo formó parte del Estado de Sonora, en 30 de Diciembre de 1853 el Gobierno de Méjico lo cedió al de los Estados- Unidos. Comprende el espacio de terreno comprendido entre los 31° y 37° latitud Norte, y los 32° y 37° 30' longitud Oeste de Washington. Sus límites son: al Norte, el territorio de

Utah; al Este, el Nuevo Méjico; al Oeste, la California y el territorio de Nevada.

Es un país montañoso y árido en su más grande extension, y encuéntranse en él llanuras, con frecuencia vastísimas, que apenas producen otra cosa que cactus y palmeras silvestres, ó arbustos casi uniformemente largos y delgados y de miserable apariencia (2).

(1) Esta relacion y los grabados que la acompañan son debidos al Ilmo. Salpointe, vicario apostólico del Arizona.

(2) «La flora de esta comarca, escribia en 1866 el Ilmo. Lamy, obispo de Santa Fe, presenta una planta de las más curiosas, el *cactus giganteus*. Los cactus crecen aquí en tal abundancia, que de ellos, al decir de varios viajeros, ha tomado el país su nombre de *Arizona*



ARIZONA (Estados- Unidos). — Grupo de cactus.



Los valles, por el contrario, estando regados por corrientes de agua son de una fertilidad prodigiosa. Todos traen el nombre del río que los cruza. Los principales son: Gila, Salado, San Pedro, Verde, Colorado Grande, Colorado Chiquito y Santa-Cruz. La vegetación es rica, los árboles abundantes y de buen natio. Así, pues, á lo largo de los ríos se establecen las poblaciones y encuéntrase los campos cultivados.

Los productos del territorio son en primer lugar el trigo, la cebada y el maíz. Las patatas, muy hermosas y de buena calidad en el Norte, solamente son medianas en el Sur. Según los escritos de los antiguos misioneros, el algodón fué cultivado con gran éxito por los indios del Gila: hoy nadie se dedica allí á la cultura de esta planta, sin duda porque es más ventajoso procurarse el grano que puede consumirse en el país, que producir una mercancía que habría necesidad de transportar muy lejos para que rindiese beneficios. En estos últimos años el cultivo de la viña, de los árboles frutales y de la caña de azúcar se ha extendido considerablemente y promete buenos resultados. El clima, por lo demás, nada deja que desear. La diferencia de temperatura entre la parte septentrional y la meridional favorece grandemente el cultivo de suma variedad de árboles y plantas.

Este clima es igualmente bueno para los habitantes. Ciertamente desde el tiempo de los primeros misioneros han reinado en diferentes lugares fiebres perniciosísimas; pero, á más de que éstas han desaparecido casi totalmente desde 1869, nadie ha pretendido atribuir la causa al clima. El invierno, que da algunas nieves en las montañas y en el Norte de Arizona, es en el Sur una estación agradable.

Las cercanías de los montes, donde las lluvias son más abundantes y se conserva más tiempo la humedad, ofrecen excelentes pastos. Así es que ahora que son menos frecuentes las hostilidades de los indios se propagan rápidamente los rebaños por donde quiera se encuentra algún manantial de agua suficiente para abrevarlos.

En muchos puntos las montañas proporcionan la madera para combustible y construcciones que necesitan los habitantes, y casi en todas partes encierran minas de oro y plata, que sólo requieren un ferrocarril para ser explotadas con provecho.

La población actual se compone de mejicanos, indios y americanos. Estos últimos, entre los cuales se comprenden todos los inmigrantes cualquiera que sea su nacionalidad, están en minoría, pero no tardarán en ser el mayor número.

Nada diré respecto á la población primitiva. Ciertos autores, fundándose en la existencia de gigantescas ruinas y de interesantes fragmentos de canales de orí-

gen todavía inexplicado, han creído que este país fué habitado por pueblos civilizados antes de que penetrasen en él los conquistadores españoles. Lo que hay seguro es que tales ruinas existían en la época en que los primeros misioneros penetraron en el país del Gila, y las visitaron personalmente, sobre todo las que llevan el nombre de Casas Grandes, de las que nos dejaron muy detalladas descripciones. Según una tradición conservada entre los indios, son los restos de las moradas que pertenecieron á Motezuma, y á los cuales hay que acercarse con temor y respeto. Estas construcciones, á pesar de todo lo maravilloso que los viajeros quieren suponerles, sólo tienen de extraordinario sus vastas proporciones. Consisten en gruesos muros fabricados conforme el sistema antiguo, esto es, con ladrillos secados al sol, modo usado todavía en todo el territorio. Respecto á las proporciones de dichas ruinas, no exceden de las de muchas habitaciones en que aún viven ciertas familias de indios reunidas, como en Taos y Picurios (Nuevo-Méjico): indican únicamente, pues, que allí vivieron en una época más ó menos remota varias familias ó quizá toda una tribu de indios. Es más que probable que las tribus indias, antes de la llegada de los europeos, estaban frecuentemente en guerra unas contra otras, y tenían necesidad de agruparse para defenderse con mayor facilidad en caso de un ataque imprevisto.

Todas estas grandes casas, que de lejos parecen castillos fortificados, no son sino una aglomeración de chozillas dispuestas en cuadro, con otras superpuestas hasta el cuarto y quinto piso, y dejando entre cada uno un espacio en forma de terrado. En este se ve hoy día, en las casas que están aún habitadas, como los indios toman perezosamente el fresco en pleno sol, y observan su campo plantado de maíz y de sandías. Desde este mismo lugar arrojaban en otro tiempo sus flechas contra los acometedores. Una cosa notable es que esas chozas tienen ahora como entonces una sola entrada practicada en el techo, y que sirve también para dar salida al humo. Para llegar á esa entrada y penetrar en el interior de la habitación hay que servirse de escalas, de las que están provistas todas las familias. Nótese que las viviendas, sin duda por motivos de seguridad, están edificadas á cierta distancia de las corrientes de agua y bosquecillos y en alguna eminencia, lo que explica la existencia de acueductos de los que se ven todavía restos en los alrededores de las ruinas de Arizona.

II. *Historia religiosa.*—Con los conquistadores españoles y desde el principio del período colonial en el Nuevo Mundo, celosos misioneros vinieron á consagrarse á la obra de la predicación evangélica. El guerrero iba á la conquista de las tierras, y el misionero en busca de las almas á fin de ganarlas á Jesucristo. Las armas eran diferentes como los propósitos. El uno iba espada en mano para subyugar á los indígenas, y el otro traía la cruz para consolarles y darles la verdadera libertad. El misionero y el soldado marchaban rápidamente. Apenas habían transcurrido treinta años desde la conquista de Méjico por Hernán Cortés, y ya todas las Misiones del Nuevo-Mundo desde Paso del Norte hasta Taos, esto es en casi toda la extensión del territorio de Sur á Norte remontando el Río-Grande, tenían establecidos sacerdotes para administrarlos.

que en la lengua de los indios significa *tierra de los cactus*. La etimología parece verosímil. Sea como fuere, el *cactus* gigantesco por su belleza, forma y altura es la más interesante variedad de la especie. Hemos visto muchos que se elevan de once á doce metros. A cierta altura tres, cuatro y á veces cinco ramas salen del tronco principal y dan á la planta la forma de un verdadero candelabro. Su circunferencia es de un metro próximamente, y produce un fruto excelente, que cogen los indios por medio de largas perchas armadas con una horquilla. Yendo desde el río Colorado del Oeste á la Misión de San Francisco Javier, todos los días atravesábamos bosques inmensos de tales cactus, que de lejos semejan un ejército de gigantes dispuestos en orden de batalla.»



El movimiento civilizador fué más lento en la parte occidental de la Sierra-Madre. Sólo hasta el año 1590 los misioneros, llamados por el gobernador de Nueva-Vizcaya, llegaron á la provincia de Sinaloa, y casi un siglo más tarde á la de Sonora, de que formaba entonces parte el Arizona. La primera Mision establecida en esta última provincia es la de Dolores, fundada por el jesuita Eusebio Francisco Kino el 13 de Mayo de 1687. En 1690 el mismo misionero habia fundado varias otras Misiones que fueron visitadas en la misma época por el P. Juan María Salvatierra, enviado en calidad de visitador general. Por do quiera pasaban estos dos sacerdotes, dice el autor de una estadística de la provincia, veían acudir los indios pidiéndoles ser instruidos y admitidos en la religion del Salvador del mundo. Los indios Sobahispuris, que vivían á unas cuarenta leguas más al Norte, se presentaron de rodillas y con los brazos extendidos en cruz, suplicándoles que se dirigiesen á sus rancherías ó pueblos sitos en el lugar llamado Guevavi. Su demanda fué atendida. Los misioneros les siguieron, y fundaron entre ellos la Mision que toma el nombre del lugar. Esta Mision, despoblada mucho tiempo há, es la primera que se estableció en el suelo hoy día llamado Arizona. En Noviembre de 1694 el P. Kino hizo una visita á la tribu de los indios Pimas, que vivían en las riberas del Gila, en los alrededores de Casas-Grandes. Allí estableció dos Misiones, á las que dió el nombre de Encarnacion y de San Andrés. El 7 de Febrero de 1699 el propio misionero hizo otro viaje hácia el rio Gila y visitó las tribus de los Yumas y de Coco-Maricopas. Los indios de estas tribus le hablaron de diferentes pueblos vecinos y en particular de los Iguanas, Culganay y Alchedunas. Tales tribus se perdieron despues ó cambiaron de nombres fundiéndose con otras. Los misioneros exploraron toda la costa occidental hasta el golfo de California. Su ministerio fué activo y fructuoso. En el breve espacio de doce años aquellos hombres apostólicos cruzaron en todos sentidos, arrojando peligros y dificultades de todo género, la vasta provincia de Sonora, en donde instruyeron los pueblos y elevaron altares á la gloria del verdadero Dios.

Sin embargo, la prediccion de las persecuciones de que habló el Salvador á sus discípulos debía verificarse tambien en las Misiones del Nuevo-Mundo. Ya los misioneros contaban buen número de pueblos cristianos, y esperaban ganar otros muchos á la religion de Jesucristo, cuando súbitamente se rebelaron los indios Pimas y dieron muerte al sacerdote que les administraba en Caborca. Poco despues las Misiones pasaron por otra prueba no menos dura, aunque independiente de la accion y de la voluntad de los hombres. Tal fué la muerte del P. Kino, que era como el alma de aquellas Misiones. La consecuencia de esos acontecimientos fué un estacionamiento harto sensible en el progreso de la obra comenzada. No obstante, en 1727 el obispo de Durango, Benito Crespo, á cuya jurisdiccion correspondian entonces casi todas las Misiones de los Jesuitas en Nueva-España, despues de visitar una parte de la provincia de Sonora hizo un relato al rey Felipe V acerca el estado de sus Misiones, lo que le valió socorros pecuniarios, con los que se pudieron fundar tres nuevas Misiones durante el año 1731.

Desde esta fecha hasta 1750 todos los documentos escritos que he podido encontrar se reducen á algunos registros incompletos de la iglesia de San Javier, Mision de indios Papagos que se encuentra á 9 millas (3 leguas) al Sur de Tucson. Esos libros demuestran que dicha Mision tuvo constantemente sacerdotes desde su establecimiento, que debe remontar al tiempo de la primera entrada de los misioneros entre los Sobahispuris, esto es en 1690. Por el número de las partidas de bautismo se deduce asimismo que la Mision contaba considerable número de almas.

Empero no habia pasado aún el tiempo de las contradicciones. El 21 de Noviembre de 1751 los indios Pimas, reunidos con los Seris, ó lo que es lo mismo todos los indios que vivían en la parte Noroeste de la provincia, se sublevaron contra sus misioneros. Los indios de la Pimeria Alta se distinguían como sigue: los Pimas propiamente dichos, los indios de Pueblos ó que vivían en tribus reunidas, los Papagos ó Papootam y los Sobahispuris, con los que poblaban las orillas del Gila. «La nacion de la Pimeria Alta, refiere el autor de un libro español acerca la provincia de Sonora publicado en 1762, siendo todavia reciente en la fe y encontrándose en cotidianas relaciones con los paganos de las tribus que la forman, es á causa de esto instable, agreste, obstinada y muy apegada á los abusos supersticiosos.» La revolucion duró más de dos años y tuvo por resultado causar la muerte de tres misioneros, obligar á todos los otros á abandonar sus iglesias, y que los indios gozasen de toda libertad para volver á los abusos y costumbres de la gentilidad. Los sacerdotes víctimas de esta revolucion fueron los PP. Francisco Javier Saeta, Enrique Buen y Tomás Tello.

A principios de 1754 los misioneros pudieron proseguir su trabajo en aquellas Misiones que escaparon á la destruccion general, siendo una de ellas la de San Javier. El sacerdote que entró en su posesion dejó escrito en uno de sus registros de la iglesia: «El 21 de Noviembre de 1751 toda la nacion Pima se sublevó, lo que fué causa de que esta iglesia quedase sin ministros desde dicha época hasta este año 1754. En fe de lo cual firmo: *Francisco Paner.*»

El mismo sacerdote tenia que administrar, además de la Mision de San Javier, las de Tucson, Tubac y Tumacacori, situadas todas en el valle de Santa Cruz, en unas 60 millas de longitud. Respecto á su poblacion, puede juzgarse de ella por el número de bautismos que el sacerdote administró en sus primeras visitas, habida cuenta del tiempo en que estuvieron sin ministros. El número de bautismos fué para Tubac y Tumacacori, de 64; para San Javier, de 61, y para Tucson, de 52: total, 177.

Con la paz las Misiones empezaron á levantarse de sus ruinas. En 1762 los Padres de la Compañía de Jesús tenían 29 Misiones que comprendían 63 pueblos de indios cristianos. Las principales de las que se encontraban en la parte de la provincia que despues fué Arizona, eran: San Javier del Bac, Santa Gertrudis de Tubac, San José de Tumacacori, San Miguel de Sonoitag, Guevavi, Calabazas y Santa Ana. Pero si las Misiones no tuvieron que sufrir más de parte de los indios que formaban su poblacion, no sucedió lo mismo respecto de los Apaches que vivían en casi toda la extension de la frontera sep-



tentrional de la provincia, y que hacían casi continuas excursiones. Así vemos que en sus escritos los misioneros se lamentaban de que esos salvajes eran la causa, no sólo de grandes turbaciones y considerables pérdidas para los cristianos, si que también de la muerte de muchos sacerdotes y de la extinción de la tribu entera de los Sobahispuris de San Pedro. Por otra parte se tramaban en Europa intrigas que contribuyeron durante no pocos años á hacer retirar á los misioneros todo apoyo de parte de los que representaban al Gobierno español en las colonias, y que acabaron por obtener, en 1767, el decreto de expulsion de aquellos varones apostólicos.

El mismo año el marqués de Cruz, virey de Méjico, por orden del rey Carlos III pidió de doce á catorce Padres Franciscanos de los que vivían en el colegio de Santa Cruz de Querétaro. Habiendo accedido el Guardian á la súplica, fueron enviados doce sacerdotes á tomar la dirección de las Misiones del Sonora. Parece que la Pimeria Alta era la parte de la provincia en que las Misiones habían sufrido menos desde la partida de los Padres de la Compañía de Jesús, lo que puede sin duda atribuirse á la existencia de fuerzas militares establecidas en la frontera con motivo del levantamiento de los Pimas. En esta parte, en San Miguel de Horcacitas, fijaron su principal residencia los Franciscanos. Desde allí el P. Francisco Garcés fué enviado á la Mision de San Javier, que administró hasta 1781. Este sacerdote, por lo que puede verse en la obra intitulada: *Corona seráfica y apostólica del colegio de Santa Cruz de Querétaro*, visitó repeti-

das veces todas las tribus que vivían á orillas del Gila y del Colorado, hasta una distancia de más de 300 millas. El conocimiento de todo el país que adquirió con esos viajes, hizo que fuese designado para guía de una expedición militar organizada en 1774 con objeto de abrir un camino destinado á poner las Misiones de Sonora en comunicación con las de Monteras en California. El año siguiente fué encargado de dirigir otra expedición hasta el puerto de San Francisco. De las diferentes relaciones que dió el P. Garcés sobre las tribus del Gila y del Colorado, resulta que el número de sus habitantes se elevaba próximamente á 25,000.

De regreso de una de esas visitas, el celoso misionero, alentado con las buenas disposiciones de los indios Yumas, pidió á sus superiores algunos auxiliares á fin

de fundar Misiones entre aquellos indígenas, y se pusieron á su disposición los PP. Juan Diaz, José Matias Moreno y Juan Antonio Bereneche. Con su concurso logró en Marzo de 1778 establecer dos Misiones en la orilla derecha del Colorado: la de la Inmaculada Concepcion, en la confluencia del Gila y del Colorado, y la de San Pedro y San Pablo, 9 millas más abajo.

Al principio esas dos Misiones dieron grandes esperanzas, que por desdicha no se realizaron. El domingo 17 de Julio de 1781 los indios, bajo pretexto de perjuicios causados á sus cosechas por los caballos de los soldados y de cuya indemnización no se daban por satisfechos, penetraron en las dos iglesias durante la misa, y dieron muerte á los sacerdotes, soldados y todas las personas que se encontraban en ellas reunidas. El P. Gar-

cés y sus tres auxiliares, los PP. Diaz, Moreno y Bereneche coronaron con el martirio sus trabajos apostólicos.

Las Misiones fueron florecientes así durante la administración de los Franciscanos como en la de los Jesuitas, como lo prueban los monumentos que aquellos religiosos dejaron en el país, aunque la mayor parte están hoy arruinados. Citaré solamente San Javier, Tumacacori, el Pueblito y Taborca, que son lugares que gusta visitar el viajero, para contemplar en ellos restos de obras que la civilización moderna no ha podido aún imitar en la misma comarca.

Como lo indica la fecha de 1797 que se encuentra en la iglesia de San Javier y conforme lo indica la tradición aún existente entre los indios Papagos, esta iglesia no es la que fué erigida por los

primeros misioneros, sino la que le sustituyó bajo la administración de los Franciscanos. Es de hermosa construcción, en ladrillo y piedra, de estilo romano-bizantino, adornada de bajos relieves y pinturas en las capillas, en las que hay altares. Encuéntrase en ellas más de cuarenta imágenes, consideradas muchas como modelos. Las más notables son las de los Apóstoles, que ocupan hornacinas en cada lado del presbiterio y en los pilares de la nave. Las otras imágenes son en su mayor parte de Santos de la Orden de San Francisco. Esta iglesia está aún bien conservada y sirve para el culto.

Las iglesias de Tumacacori y de Pueblito, aunque de fecha más reciente, están enteramente fuera de servicio.

Los Franciscanos administraron las Misiones de la



ARIZONA (Estados-Unidos). — Mujeres Papagos llevando heno.



provincia hasta el 2 de Diciembre de 1827, época en que fué decretada su expulsión con la de los españoles.

Un nuevo período se abría para Méjico, el período de la independencia, fecundo en revoluciones para el país y funesto á los indios privándoles de los ministros que durante más de dos siglos trabajaron para sacarles de la barbarie. Las Misiones establecidas en la frontera extrema de la nueva república, lejos de los centros populosos provistos de sacerdotes, quedaron en adelante abandonadas y sin defensa á los incesantes ataques de sus terribles enemigos, los Apaches.

Después de la partida de los Franciscanos, muchas de esas Misiones no tuvieron otra administración espiritual que la de algún sacerdote designado para visitarles. Tales visitas, por otra parte, eran raras; pues muy á menudo las distancias y constantemente la vecindad de los Apaches las hacían difíciles y peligrosas. Así es que desaparecieron en breve casi todos los edificios de las antiguas Misiones, y aún en gran parte el fruto de los prolongados y penosos trabajos de los misioneros.

En 1859 el territorio de Arizona, que pertenecía ya á los Estados-Unidos, fué agregado por decreto de Roma á la diócesis de Santa-Fe (Nuevo-Méjico). El mismo año el Ilmo. Lamy tomó posesión de él por su vicario el Rdo. Machebeuf, hoy vicario apostólico del Colorado, y en los primeros meses de 1864 hizo allí una visita pastoral. La única iglesia que quedaba aún en pie era la de San Javier del Bac. Un centenar de familias de indios Papagos, débiles restos de la gran tribu que formó en otro tiempo la Misión, vivían al rededor de esta iglesia. El resto de la población, además de los Pimas del Gila y de las otras tribus indias dispersas en diferentes puntos, se componía de familias mejicanas y de un escaso número de americanos, no excediendo de 1,500 almas el conjunto de esta población en todo el territorio. Sin embargo, el Prelado no quería dejar sin administración esta parte de su diócesis, y como, á pesar de las dificultades y los gastos, la designó sacerdotes residentes desde que la Providencia le encargó de ella, así continuó proveyendo á sus necesidades espirituales.

Mas el humilde Obispo de Santa-Fe encontraba hartopesada la responsabilidad que pesaba sobre él, y procuró que se le disminuyese. Así, pues, á petición suya su diócesis fué dividida en 1868 por decreto de Pío IX, ori-

ginándose con esto la erección de los vicariatos apostólicos del Colorado y del Arizona.

Desde 1866 la población del Arizona aumentaba todos los días de una manera sensible. Las turbulencias de Méjico contribuían á ello, impulsando hácia los Estados-Unidos á todos aquellos que no querían tomar parte en las revoluciones de su patria. Desde entonces aquel territorio empezó á ser explorado, se formaron pueblos y se establecieron comunicaciones entre los diferentes puntos, aunque no sin peligros, á causa de las hostilidades de los Apaches. En varias localidades se manifestó la necesidad de iglesias, y la pequeña ciudad de Tucson fué la primera dotada de una pequeña casa de oración. La iglesia de San Agustín, comenzada en 1862, terminó en 1868. (V. pág. 504).

Sucesivamente se han ido construyendo en el vicariato las iglesias de Yuma, de Florencia, de Silver-City, de la Mesa y de Tularosa, como también las capillas de San Lorenzo, de San Isidoro, de Santo Tomás, de San Miguel, de Nuestra Señora de la Luz, etc. El número actual de las Misiones provistas de sacerdotes, comprendidas las que se encuentran en los condados de Paso, de Grant y de Mesilla-Valley es de diez, con trece sacerdotes para su servicio. Los institutos religiosos del vicariato son: el de las Hermanas de Loreto, establecido en Las Cruces en 1869, y erigido después en noviciado de la misma Congregación, y el de las Hermanas de San José, establecido en Tucson en Mayo de 1870, con una casa de noviciado instituido en el 8 de Setiembre de 1876.

Las Religiosas de estas dos Congregaciones tienen actualmente la dirección de tres escuelas de internas y de cinco escuelas parroquiales en las localidades de Tucson, de Yuma y de Las Cruces. A las Hermanas de San José se han encargado dos nuevas escuelas, una en San Elzeario y otra en la Isleta, en el condado de Paso. Además, la ciudad de Tucson posee una escuela parroquial para niños bajo la dirección de tres profesores laicos. Estos establecimientos, en los que se da anualmente instrucción á más de 500 discípulos, son debidos en gran parte á los socorros que envía al vicariato la *Obra de la propagación de la fe*. La población del vicariato se calcula en 38,000 habitantes, de los cuales 20,000 son católicos. En esta cifra no van comprendidos los indios.

Las principales tribus de éstos que viven en aquel te-



ARIZONA (Estados-Unidos). — Indios Yumas.



ritorio son los Apaches, los Papagos, los Pimas y Maricopas, los Yumas, los Mohaves, los Yavapas y los Moquis. Aunque no se haya fijado enteramente el número de los miembros que las componen, pueden estimarse aproximadamente en 20,000. De todas estas tribus, la de los Papagos es la única sobre la que podemos tener alguna acción y que nos sea permitido administrar libremente, habiendo sido confiadas las otras á ministros protestantes bajo la administración del presidente Grant. Las últimas tribus se las hace pasar hoy como protestantes, aunque los indios permanecen lo que eran, con la diferencia, no obstante, de que se van volviendo cada vez más viciosos con el roce de los blancos.

Este triste resultado de la pretendida política paternal del Gobierno hacia los indígenas ha sido notada por los habitantes del país y reconocida por los agentes de los indios en sus informes oficiales. En adelante será mucho más difícil obtener la conversión de los salvajes, aunque gozaremos de la libertad de consagrarnos á esta obra. Los indios por su parte, y sin excepción de tribu, no se nos oponían, como me han manifestado muchos de ellos cuando he tenido ocasión de encontrarlos. Uno de mis sacerdotes ha podido convencerse de las mismas disposiciones entre los Apaches, que son reputados por los más rebeldes.

Este sacerdote había penetrado en la tribu, no como ministro titular, sino como amigo de un oficial católico que mandaba el fuerte bajo cuya guarda se encontraban esos indios. Celebrábase la misa para la guarnición del fuerte, y los Apaches asistían á ella por curiosidad. Así se pasaron algunos meses, no dejando el sacerdote y el oficial de hablar á los indios por intérprete, procurando inculcarles el conocimiento de los principales misterios de la fe. Las instrucciones eran escuchadas con gusto, como se deducía por las exclamaciones que se escapaban á veces de los labios de los oyentes: *Diobh indju!* (¡Dios bueno!) Un anciano jefe de la tribu decía cierto día al sacerdote:

—Sería un bien para nosotros que te pudieses quedar aquí: tú rogarías á Dios para alejar los peligros y enfermedades, y tu presencia en medio de mi gente nos haría felices, porque nos aseguraría la paz.

Mas la presencia harto prolongada del sacerdote católico hubiera podido ofuscar á algunas personas y quizá comprometer al comandante: era prudente, pues, privar de ella á los indios, aguardando mejores circunstancias que no se han presentado aún.

#### OBRA DE LA SANTA FAMILIA.



FUE fundada en 1863 por un caritativo sacerdote del patriarcado latino de Jerusalem, el canónigo Sr. Belloni, catedrático de Sagrada Escritura en Beitgiallah, cerca de Belem, quien compadecido de un pobre niño de edad de doce años, hijo único de un pobre ciego, empleó en vestirlo de nuevo 20 francos, única cantidad que guardaba de ahorros, le puso en un taller á aprender oficio, y por la tarde cuando concluía el sacerdote bienhechor sus trabajos en el seminario, le daba clase desde los primeros rudimentos de la enseñanza. El bienestar relativo de este niño excitó

en otro habitante pobrísimo del mismo pueblo el deseo de proporcionar iguales ventajas á dos hijos suyos, y los presentó al celoso misionero, quien falto de recursos para dar igual socorro á los dos recién venidos, pero ardiendo en caridad, solicitó el consejo de otro misionero, el P. Bracco, hoy patriarca de Jerusalem, y entre ambos hicieron esfuerzos sobre su pobreza para vestir á los dos nuevos postulantes y que con el primero recibiesen instrucción del Rdo. Belloni.

Vino nueva presentación de otro niño de diez y seis años hecha por el cura de Ramallah, el cual, alegando que el padre del muchacho había muerto, la madre era griego-cismática, el hermano mayor estaba empleado con los protestantes, y el peticionario, no obstante haber estado cuatro años en un orfanatorio protestante, deseaba ser católico, pedía la admisión de éste, mas no á la manera de los otros tres que vivían en sus casas, sino como interno para preservarse del contacto peligroso de su familia. Entonces entre los profesores del seminario se recaudó algo para proveer al muchacho de cama habilitada, algunas provisiones de boca, y se alquiló á crédito una pieza en que alojarlo.

Este caso dió ocasión á ponderar de nuevo con mayor fuerza la gravedad del mal de la falta de asilos católicos para niños pobres abandonados que, aun siendo católicos, en medio de su miseria, ó impulsados del deseo de adquirir alguna instrucción, tocaban á la puerta de los establecimientos protestantes, no solamente prontos á acogerlos, sino que era frecuente los solicitaran y aun los compraran. Convoca, pues, una junta el Rdo. Belloni, y con la aprobación del Patriarca, acordó esta, sin que la retrajera de su noble propósito la grande penuria de los contribuyentes, organizar la obra poniéndola bajo la protección de la santa Familia, y confió su dirección al expresado misionero Belloni. Con tan humildes comienzos, segun de ordinario son las obras de Dios, al fin del año 1863 contaba ya el asilo de Beitgiallah unos 20 alumnos, siendo mucho mayor el número de los que solicitaban ser admitidos, lo que no permitían la corta extensión de la casa, ni los infelices recursos del pueblo en que estaba situada.

Pensóse entonces en trasladar el asilo á Belem, lugar de los más tiernos recuerdos para la cristiandad, y al que se esperó afluirían limosnas de toda ella para el sosten de un establecimiento destinado á dar instrucción religiosa y civil á pobres niños asiáticos en el lugar afortunado que vió nacer al Niño Dios. Pero se tropezaba con la falta de fondos con que hacer la traslación, cuando impensadamente llegó una carta de Egipto poniendo á disposición de la Obra de la santa Familia una suma de 800 francos que daba al establecimiento una humilde criada de Alejandría, de origen alemán, á cuya noticia había llegado, no se sabe cómo, la existencia del asilo católico de Beitgiallah, y para cuyo fomento contribuía esa heroína de virtud con cuanto poseía y representaba las economías de toda su vida. ¡Sublime rasgo de caridad! quien después de conocerlo no se siente movido, no á igualarlo, porque tal desprendimiento es dado á pocos, sino á imitarlo haciendo un corto esfuerzo en provecho del venerable asilo, de seguro que ha cerrado su corazón á las impresiones tiernas de la caridad.

Sirvió, pues, el recurso imprevisto para trasladar el



asilo á Belen, pero ya allí se vió contrariado por numerosos enemigos y, lo que es más, amenazada frecuentemente su existencia por la falta de recursos; pero siempre vinieron á cada ocasion crítica auxilios no esperados, apareciendo visible la proteccion continua de la divina Providencia á ese establecimiento tan de su servicio. Así es que lejos de caer ha ido ensanchándose la Obra de la santa Familia, cuyos beneficios se extienden hoy á Belen, Betgemal y Jerusalem.

En Belen tiene un orfanatorio para 100 niños pobres, con cuatro talleres de zapatería, carpintería, sastrería y escultura en objetos piadosos, industria propia de la localidad. El niño no paga pension, antes la gana, porque tiene una tercera parte del producto de su trabajo, la que se capitaliza y recibe á su salida del establecimiento, junto con la cama habilitada. Se le instruye cuidadosamente en la religion, y se le enseña aritmética, árabe, italiano, francés, geometría elemental y dibujo aplicado á las artes.

Además del expresado asilo, hay en Belen escuelas dominicales los domingos y dias de fiesta, cuyo objeto preferente es la instruccion religiosa.

Hay tambien direccion espiritual de las Hermanas de San José que dan instruccion á las niñas de la localidad católicas, cismáticas é infieles.

En Betgemal, á seis leguas de Belen, en el camino de Gaza, está formando la Obra de la Santa Familia una vasta escuela de agricultura en terreno fértil de doce kilómetros de extension, cedido por el marqués de Bute, rico inglés católico: hace años se trabaja en formar dicha escuela, que aún no ha podido ser abierta, por no estar terminados los trabajos preparatorios, pues para ello se necesitaria un subsidio de 30,000 francos. La caridad católica debe ocurrir á esa urgencia para no dejar pasar la ocasion de hacer labradores honrados á pobres niños que sin el refugio de ese plantel utilísimo, ó los llevará su pobreza á los establecimientos protestantes, ó vegetando en ociosidad acompañada de crueles privaciones, engrosarán un dia las hordas vagabundas del desierto. Un sacerdote italiano instruido en agricultura aguarda en Belen el momento de abrir esa escuela, que de pronto recibirá cincuenta niños, á reserva de aumentar mucho ese número más adelante. Una vez cultivada aquella extension de tierra, sacará de ella la Obra de la Santa Familia los víveres de que proveerá á sus casas de beneficencia.

Servirá tambien dicha escuela de centro á una nueva estacion de mision ó parroquia para los habitantes de esas localidades.

Finalmente en Jerusalem tiene la Obra una escuela dominical como la de Belen, para lo cual pudo adquirir en 1874 una propiedad destinada á servir de escuela luego que haya los recursos suficientes para complementar el pensamiento.

En suma, el fin general de la Obra de la Santa Familia es formar asilos para los niños expósitos, abrir escuelas primarias, establecimientos agrícolas y orfanatorios.

El protestantismo, que cuenta con las riquezas de que despojó á la Iglesia católica, y que por espíritu de rivalidad, nunca apagado, emplea contra esta, tiene en Jerusalem y su distrito cuatro templos, dos curatos, cua-

tro orfanatorios ó escuelas de niños, dos de niñas, tres establecimientos para los extranjeros, uno de los cuales está destinado á leprosos, una biblioteca abundantemente surtida de libros árabes, hebreos, etc., á la que dan gran fomento la Sociedad bíblica de Lóndres y el Banco y almacén Spittler y C.<sup>a</sup> cuyos productos están destinados á las misiones protestantes.

Además tienen éstos capillas y escuelas en casi todas las ciudades y pueblos de la Tierra Santa, y establecimientos ó colegios de instruccion superior en Nazareth, Jaffa y Caípha.

¿Seremos indiferentes los católicos á estos avances del protestantismo en los lugares que el Salvador del mundo santificó con su presencia, su vida y su muerte? ¿No nos apresuraremos á tender una mano generosa á la Obra de la Santa Familia, ni secundaremos los esfuerzos de los heroicos misioneros que trabajan asiduos en la Tierra Santa por ganar almas para Jesucristo?

## NECROLOGÍA.

**Sierra-Leona (Africa occidental).** — Sirviendo la misa á un misionero de Africa, de paso en Alsacia en 1862, le vino al jóven Juan Bautista Huber la primera idea de consagrarse á Dios en la vida religiosa y apostólica. Entró algunos años despues en el seminario de Estrasburgo; mas en 1869 solicitó su admision en el colegio de la Congregacion del Espíritu Santo y Sagrado Corazon de María.

Ordenado sacerdote el 28 de Diciembre de 1876, fué admitido á la profesion el 27 de Agosto siguiente, siendo destinado desde luego á la penosa y difícil Mision de Sierra-Leona. Poco despues de su llegada á Freetown fué enviado á la estacion que acababa de fundarse á orillas del rio Pongo, San José de Boffa. A causa de la enfermedad de sus compañeros, durante un año tuvo que soportar solo las penalidades de la nueva fundacion.

Estas empezaron para él ya en el viaje, pues el buque en que iba naufragó al dirigirse al rio Pongo. Hábil nadador, pudo salvarse y retirar del agua alguna de sus cajas; pero le fué sensible más que todo la pérdida de su cruz de misionero. El peligro que corrió en esta circunstancia no le desalentó poco ni mucho; al cabo de pocos dias prosiguió su camino, resuelto á sacrificar su vida por su querida Mision. Otra vez, sorprendido por una violenta tempestad en una piragua, estuvo once dias para hacer un trayecto para el que bastan comunmente tres ó cuatro.

Mucho habia que hacer en la nueva fundacion. El terreno concedido por el rey Katty estaba lleno de malezas. El celoso misionero puso resueltamente manos á la obra. Los negros estaban admirados viendo á un blanco trabajar con tanto ardor. Una vez desbrozado el terreno era preciso construir la capilla, la residencia de los misioneros y un local para escuela. En pocos meses se levantaron construcciones provisionales, en las que fueron acogidos cuarenta niños paganos.

El P. Huber estudiaba al mismo tiempo la lengua del país, el *susu*, y luego pudo traducir el catecismo. A la vez que instruía á los niños de la Mision, les ejercitaba á cantar las alabanzas divinas.

Empero su salud, quebrantada por frecuentes fiebres, tenia necesidad de restablecerse en un clima más benigno. El P. Blanchet, superior de la Mision, en el mes de Febrero le hizo volver del rio Pongo á Sierra-Leona, mientras aguardaba su partida para Europa. El domingo 19 de Fe-



brero cantó la misa solemne sin experimentar fatiga; mas el viernes siguiente el peligro, conjurado por un momento, reapareció más inminente, y en la mañana del martes entregó apaciblemente su alma al Señor.

El Rdo. P. Huber nació en Reschwoog, diócesis de Estrasburgo, el 29 de Abril de 1855, y no contaba más que treinta y dos años de edad.

**San Alberto (Canadá).**— El Rdo. P. Fourmont, oblat, misionero de San Alberto, nos escribe:

«Esta diócesis acaba de experimentar un nuevo quebranto. La Mision ha perdido recientemente con muy tristes circunstancias al P. G. Chapellieres, de la residencia de Nuestra Señora de Pontmain en el lago Maskeki. Este religioso nació en la diócesis de Laval.

«Cada invierno tenía que alimentar á todos los niños, y no podía darles sino cebada molida y hervida, pues sus recursos no le permitían procurarse otra cosa para el festin de sus caros angelitos. El agente del Gobierno, que, conforme á los términos del tratado con los salvajes, tiene obligacion de mantenerles, rehusó hacerlo, siendo enteramente inútiles todas las protestas, reclamaciones y súplicas.

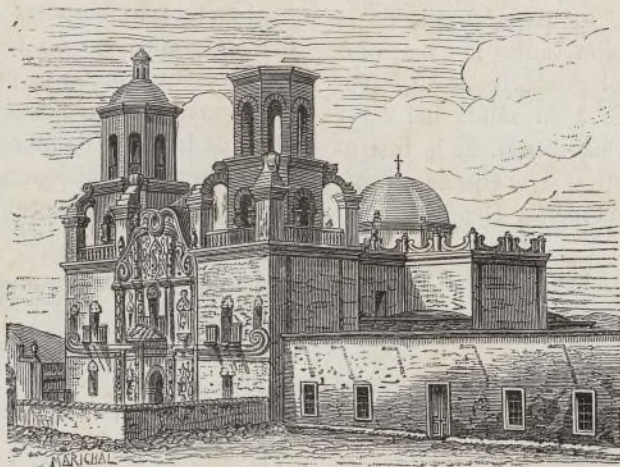
«Cuando el Padre hacia buena caza, un poco de carne realizaba un tanto la comida de sus protegidos. El caritativo y celoso proveedor perdió la vida precisamente en una de esas excursiones. Partió el 10 de Julio con algunos niños y muchos de sus parientes para cazar patos, que en tal época pierden las plumas, y es por lo mismo más fácil cogerlos ó matarlos. Al día siguiente nuestros cazadores llegaron á un lago á veinte millas de la Mision. La caza era abundante, y reinaba la mayor alegría. Empezó al momento la batida, y prometia dar excelentes resultados, cuando sobrevino una fuerte tempestad: el buen misionero, acostumbrado á arrostrar todos los peligros, se dispuso á unirse con su gente, que se encontraba en la opuesta orilla. Seis salvajes iban con él en la canoa, y como la tempestad echase dos al agua, el Padre se apresuró á acudir en su socorro, y en este acto heroico de abnegacion encontró la muerte. Todos los cristianos le lloraron, proclamando unánimes al P. Chapelliere mártir de la caridad.»

**Nueva-Caledonia.**— El 15 de Junio último pasó á mejor vida en la isla Ouen el Rdo. P. Andrés Francisco Chapuy, nacido en Venedes, diócesis de Aviñon, el 28 de Noviembre de 1813, y que partió para las Misiones extranjeras en 1847. El P. Chapuy estuvo mucho tiempo en la isla de los Pinos;

mas desde hace muchos años residia en la isla Ouen, frente de la Tierra grande.

Cuando cayó gravemente enfermo, el P. Sautel su compañero estaba ausente, á algunas millas mar adentro. Los indígenas prepararon una embarcacion, y á pesar de un tiempo borrascoso y á peligro de perecer estrellados por la fuerza de las olas contra los escollos de la costa, fuéron á buscar al P. Sautel y lo condujeron con grandes dificultades á Ouen; pero era harto tarde, pues el P. Chapuy habia muerto hacia algunas horas.

El día siguiente, 16 de Junio, se celebraron los funerales con asistencia de toda la poblacion desolada.



ARIZONA (Estados-Unidos).—Vista de la iglesia de San Javier del Bac (fachada Sur). (Pág. 105).



ARIZONA (Estados-Unidos).—Catedral de San Agustín y convento adyacente, en Tucson. (Pág. 105).

## EFEMÉRIDE.

22 NOVIEMBRE 1614.—*Martirio de numerosos cristianos en Cochinitzu (Japon).*

Los cristianos de la provincia de Arima, sometida entonces al daimio Sifioye, eran cruelmente perseguidos. Comisarios, acompañados de soldados y de verdugos, hacían preparar su tribunal en la plaza pública, y citaban á los cristianos más conocidos en la ciudad, proponiéndoles la apostasía ó la muerte.

El 22 de Noviembre de 1614 Sifioye se trasladó personalmente á Cochinitzu, puerto del reino de Arima.

«Había creído, refiere el historiador Crasset, que á la sola noticia de su venida los cristianos se hubieran ocultado ó puesto en fuga; pero quedó asombrado al ver comparecer ante él á setenta, presentándole las cuerdas para que los atara. Pensó reventar de despecho al ver el insulto que se le hacia, y lleno de rabia hizo llevar á un cementerio todos los instrumentos para darles tormento. Creyó intimidarles con este espectáculo; pero, viendo que se burlaban, recurrió á los hechos. Estaban rodeados de doble hilera de soldados, entre los cuales se les hacia pasar para que entraran en el cementerio que era el campo de batalla. Al entrar se les hacia poner de rodillas de cinco en cinco, y se les preguntaba si querían renegar de la fe. Al contestar negativamente, los cogían dos soldados

y les daban tantos golpes, que arrojaban sangre por las narices, boca, ojos y oídos.

«El tirano les hacia atar en seguida unos despues de otros á un patíbulo, en el cual habia dos pilares y un travesaño apoyado sobre los dos extremos. Cogían al paciente, á quien le ataban los piés y las manos por detrás de la espalda, de modo que unos y otros se juntaran, despues de lo cual dos verdugos tiraban de una cuerda pasada por encima del travesaño y sujeta á las manos y piés del paciente, y para hacerles sufrir más, ponían sobre su espalda una gran piedra que no hubieran podido llevar dos ó tres hom-